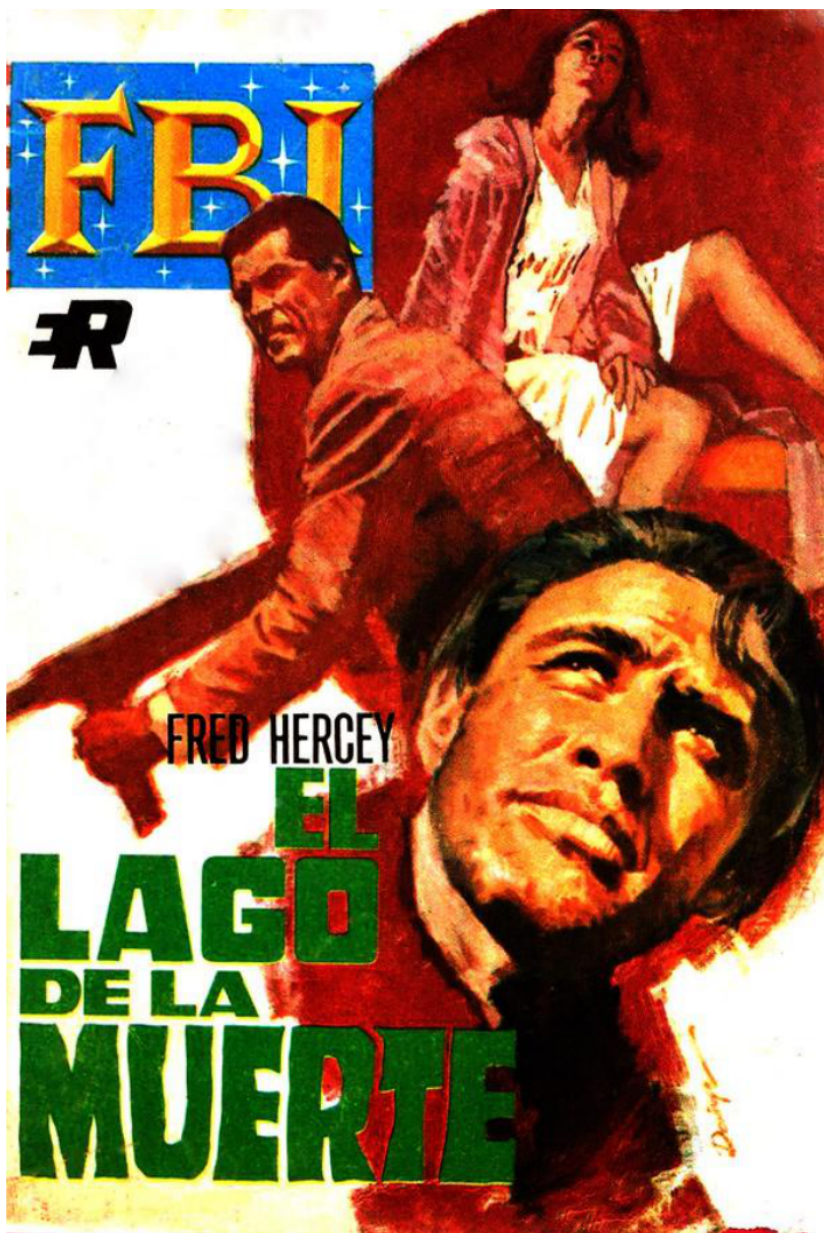
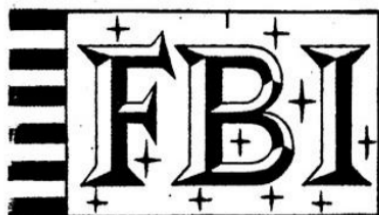






© Fred Hercey
Derechos reservados por
EDITORIAL ROLLAN, S. A.
Amaro García, 17
Madrid-5. España.

Depósito Legal: M. 18.585-1969

Printed in Spain.

RAFAEL F. CARASA. Impresor. José Bielsa, 6. MADRID-19

FRED HERCEY

El lago de la muerte

Primera edición

EDITORIAL ROLLAN, S. A.
Amaro García, 17
Madrid-5. España.

Ultimas obras de FRED HECEY publicadas en
nuestras colecciones:

Colección EXTRA-OESTE:

Núm. 907.—Los traidores mueren así.

» 908.—Todo por 20 dólares.

» 916.—De una misma sangre.

Colección OESTE:

Núm. 315.—El fin de un largo viaje.

» 320.—Eu fugitivo de Little Rock.

» 325.—Un hombre sin piedad.

» 330.—La muerte anda suelta.

» 334.—La sangre de los Learly.

Colección RURALES DE TEXAS:

Núm. 188.—Y la Ley triunfó.

» 192.—El temple de los Rurales.

» 202.—Una placa de rural.

Colección U.S. MARSHAL:

Núm. 83.—Morirás en la horca.

» 123.—Territorio salvaje.

Colección F.B.I.:

Núm. 785.—Espías sin patria.

» 789.—La muerte en «jazz».

» 831.—El infierno verde.

» 840.—La casa de las montañas.

Colección SELECCIONES DEL F.B.I.:

Núm. 315.—El secreto del costurero.

I

DICK Carradine condujo su coche a buena velocidad por la carretera que bordea el lago Michigan, en línea recta a la divisoria entre Illinois y Wisconsin.

Chicago habíase extendido por esa zona sudoccidental del lago en largas hileras de casitas, chalets, moteles y conglomerados de casas de pescadores, que se sucedían casi sin interrupción.

Dick conducía con mano segura, fija su mirada acerada en la cinta de asfalto que iba extendiéndose ante él, aunque su mente estuviese un tanto ausente de allí.

Apenas había doblado el cuarto de siglo de existencia. Era alto y atlético, de facciones varoniles, enérgicas.

Dick sonreía con facilidad. Pero era fácil descubrir en su sonrisa un leve rictus de amargura.

El joven pertenecía a una rancia familia industrial de Boston. Una familia apegada a sus costumbres, a sus prejuicios de clase.

Dick estaba considerado íntimamente como el «garbanzo negro» dentro de aquella familia de abolengo. Desde su niñez. Desde que sentía afición a ejecutar sus juegos con los hijos de los obreros de su padre, blancos y negros.

Aquello le había costado ya un serio castigo de su padre, que ejercía su autoridad de una forma dictatorial. ¡Un Carradine jugando con los golfos de la calle! Un muchacho que debía mirarlos por encima del hombro y sentirse satisfecho de su posición sobre ellos, compartiendo sus juegos y haciendo sus mismas diabluras. Un auténtico escándalo.

Y lo peor para los Carradine fue que Dick no se enmendó. Continuó desclasándose cada vez más. Hasta llegar a prometerse a una muchacha que no pertenecía a su mundo.

Clare Nolan era una mujer encantadora. Bonita, atractiva y de corazón noble y generoso. Pero su padre había muerto en la cárcel, medio alcoholizado. Y ella se ganaba la vida cantando en los clubs nocturnos.

Dick había sido cobarde en esa ocasión. No se había atrevido a enfrentarse a la familia y seguir adelante. Se había dejado convencer de que aquello solo podía ser una ilusión pasajera. Algo sin importancia, que desaparecería con el paso del tiempo.

También era cierto que la amenaza de ser desheredado había pesado mucho en su decisión.

Y el remate de todo eso fue cuando manifestó su intención de ingresar en el F.B.I.

No era que los Carradine considerasen una deshonra que uno de sus miembros fuese un policía federal. Lo consideraban simplemente una idiotez.

Dick había cursado estudios. Y le esperaba la dirección de las empresas de su padre un día no muy lejano. Conque debía prepararse para ello en lugar de dedicar su vida a la captura de transgresores de la Ley.

El joven habíase mostrado fuerte en esa ocasión. Las empresas de su padre le importaban un rábano. Le aburría la vida de sociedad, impartiendo halagos y sin poder decir casi nunca la verdad de lo que pensaba de las otras personas, porque eso hubiese supuesto un escándalo y se hubiese dicho de él que no tenía educación y parecía mentira en un Carradine.

Prefirió perder de una vez por todas, renunciar para siempre a aquel mundo ficticio para el que estaba destinado por tradición familiar. Y fue entonces, al librarse de la dura paternidad de su familia, cuando se dio cuenta que había cometido el mayor error de su vida al romper su compromiso con Clare Nolan.

No era una ilusión pasajera. No. Era un profundo amor lo que le había unido a ella.

Había comprendido demasiado tarde que la felicidad había pasado junto a él, sin saberla retener.

Y ya era demasiado tarde para lamentarlo.

No pudo encontrar más a Clare. La única información que pudo obtener de ella, además, era desalentadora.

Al parecer. Clare se había prometido a otro hombre. No había

podido averiguar de quién se trataba, pero su compromiso era un hecho según sus informantes.

Lo lamentaba. Lamentaba de veras no haberse mostrado tan fuerte en lo referente a Clare, como en su decisión de pertenecer a la Policía federal.

Dick fue decreciendo la velocidad y empezó a repasar los nombres que figuraban en las entradas de las casitas y los chalets.

Dejó atrás una larga fila de los mismos. Luego recorrió un largo trecho en el que el terreno estaba libre de edificaciones.

Su mirada se posó en una casa de una sola planta, de sórdido aspecto, que se alzaba un tanto aislada de las demás.

Una casa antigua, de techumbre muy inclinada hacia una sola vertiente, de paredes ennegrecidas, evidenciando su descuido, la falta de una mano de pintura.

Frenó el coche frente a la casucha.

El vehículo se detuvo con leve chirrido de los frenos.

Dick salió, cerrando la portezuela de golpe.

Avanzó hacia la casita, subiendo los dos toscos escalones que separaban el piso del porche de la tierra.

Golpeó con los nudillos en la puerta. Repitiendo la llamada por tres veces consecutivas al quedarse sin respuesta del interior.

Decidió entrar.

Era posible que el viejo Gribble estuviese ausente. Pero dudoso.

Consultó su reloj de pulsera.

Faltaban quince minutos para la medianoche. La hora exacta en que el habitante de aquella casa había concertado su cita con él.

Tuvo un súbito presentimiento. La idea de que algo trágico, siniestro había sucedido allí. Como si realmente pudiese olfatear la presencia de la muerte y ésta hubiese hecho acto de presencia en aquella casucha, que ahora le daba la impresión de un extraño panteón.

Empleó su juego de llaves maestras para franquearse la entrada.

El interior estaba oscuro. Estaban echadas las contraventanas y las tinieblas lo invadían todo. Las tinieblas y un silencio denso, pesado, que parecía gravitar sobre él como algo sólido.

Encendió su potente foco eléctrico.

Estaba en un «hall» pésimamente amueblado. Una mesita y unas cuantas sillas desvencijadas, que parecían mantenerse en pie por un

verdadero milagro de equilibrio.

A la derecha se abría la puerta que conducía a la cocina.

Se hallaba abierta y podía divisar su interior, sucio, con todos los utensilios colocados por doquier, sin orden ni concierto.

A su izquierda había otra puerta, que permanecía cerrada. Y debía ser la del dormitorio, ya que la casita no tenía más que tres departamentos y bastante reducidos.

Se acercó a ella y pulsó la manecilla, abriéndola.

Tragó saliva con dificultad al divisar el cuerpo humano que pendía del techo, con una recia sogá anudada a su cuello.

Accionó el conmutador de luz y la estancia se inundó de claridad esparcida por la lámpara de dos brazos que colgaba de una de las vigas del techo, que estaban al descubierto.

Miró al ahorcado.

Un hombre de edad avanzada, flaco y desgarrado, de barba rala y pelo enteramente canoso. Vestido con unas ropas burdas y calzando unas altas botas de goma, de marinero.

Era el viejo Gribble. De eso no cabía la menor duda.

Dick se había acostumbrado a la presencia de la muerte. Le había tocado verla con mucha frecuencia durante sus años de agente federal. Pero la presencia de un ahorcado siempre impone.

Su forma leve de oscilar como una plomada. Los desorbitados ojos, la horrible mueca del rostro, la lengua colgante...

Paseó su aguzada mirada por todos los ámbitos de la estancia.

Una tosca cama de hierro forjado, de los tiempos de Maricastaña. Un par de sillas, un viejo armario ropero y una mesilla. Todo debía datar, por su estilo, de los tiempos en que Gribble era un alegre muchachito que correteaba por las orillas del Michigan, añorando el tiempo en que podría embarcarse en alguna vieja barca para pescar en el lago.

Examinó los muebles.

El viejo Gribble tenía algo muy importante para él. Debía estar por allí. A no ser que...

Había pocas cosas en los cajones y el armario. Ropas viejas y algunos utensilios personales.

Todo revuelto. Como si alguien hubiese efectuado un minucioso registro y tratado después de dejar las cosas en su sitio sin demasiado acierto, con nerviosismo.

Aunque tampoco era de extrañar aquel desorden en un hombre como Gribble.

La muerte del pescador tenía todas las apariencias de un suicidio.

La cuerda cruzada sobre la desnuda viga de madera y la silla situada bajo su cuerpo oscilante, que había derribado para terminar de una vez.

Pero Dick tenía sus dudas al respecto. Era difícil imaginar lo que había ocurrido allí.

La muerte del viejo era reciente. Hacía un par de horas que había hablado con él por teléfono. Y el «*rigor mortis*» no estaba acentuado.

Pero no se trataba sólo de eso.

Había allí algo misterioso, enigmático. Algo que parecía flotar en el ambiente como una maldición. Algo siniestro, que parecía poner frío en las venas.

En los dos últimos meses habíanse efectuado cuatro importantes atracos en Chicago. A mano armada. Dos de ellos en Bancos federales. Y las pistas de los cuatro delincuentes que los habían llevado a cabo se habían perdido allí, en aquella zona del lago Michigan.

Cerca de un millón de dólares esfumados, junto con los hombres que habíanlos robado. Pistas claras, bien definidas. Porque los delincuentes no se habían tomado demasiadas molestias para disimular sus personalidades.

El último, incluso había dejado sus huellas dactilares marcadas claramente en los mandos de la caja fuerte. Eso había permitido seguir sus huellas con precisión, hasta llegar a esa parte del lago. Como con los otros.

Pero no se pasaba de eso. Las huellas terminaban allí, desaparecía todo rastro de ellos.

El agente federal Trayler había seguido las huellas del último atracador. Un hombre joven, sin antecedentes. Un empleado del Banco. Pero también habíase perdido la pista del agente federal que realizaba la investigación sobre este último ladrón. Archie Ben, el cuarto de millón de dólares robado por él y el agente federal, habían desaparecido en el plazo de un par de días. Como si la tierra se los hubiese tragado.

El viejo Gribble se había puesto en contacto con él. Lo conocía de otro caso que había llevado a cabo cerca de allí. Aunque él no habíase puesto jamás al habla con el viejo pescador.

Gribble podía dar información. Pero quería dinero. Últimamente no parecían haberle rodado bien las cosas. Por supuesto, garantizaba el interés, la importancia de la información que podía facilitarle. Una información que atañía a Archie Ben y a un agente federal, del que desconocía el nombre.

Pero el viejo Gribble estaba ahorcado. La información prometida se la había llevado con él a la tumba.

La escena daba la impresión de un suicidio. Pero era raro que un hombre que espera obtener dinero con la avidez que revelaba su voz a través del teléfono, se ahorcase una hora después. Muy raro.

Examinó el cadáver.

Su frente se frunció en diminutas arrugas al ver unas señales en las muñecas del cuerpo de Gribble. Algo inconfundible para él. Las marcas dejadas por unas cuerdas, reciamente apretadas en torno a sus muñecas.

Gribble había tenido las manos atadas a la espalda. Recientemente. Porque de otro modo las señales de las cuerdas hubiesen desaparecido.

Dick hizo un leve gesto de asentimiento, afirmando sus propios pensamientos sobre el caso.

El viejo Gribble no se había suicidado. Era un asesinato. Alguien le había amarrado las manos para ahorcarlo. Luego habían hecho desaparecer las cuerdas y preparado todo para que se creyese en el suicidio.

Y la muerte del pescador estaba relacionada con aquello que quería decirle a cambio de una cantidad de dinero. Alguien había descubierto sus intenciones. Alguien que podía verse en peligro por la declaración del viejo.

Se subió a una de las sillas y registró las ropas del muerto.

No encontró en ellas nada. Aunque tampoco lo esperaba después de haber llegado a la conclusión de que se trataba de un crimen. Los asesinos no iban a dejar allí nada que pudiera delatarlos. Sobre todo después de haberlo eliminado con ese fin.

Bajó al suelo.

Posó su mirada en las altas botas del viejo.

El tacón de la bota diestra estaba ligeramente corrido a un lado.

Tuvo una intuición. Y la puso en práctica.

Empujó el tacón hacia un lado, sujetando con la izquierda el cuerpo para impedirle un excesivo balanceo.

El tacón giró, pivotando sobre su parte posterior, dejando al descubierto un pequeño receptáculo.

En su interior había una chapa, que Dick tomó en su mano.

Se arquearon sus cejas mientras su mente trabajaba a marchas forzadas.

Era una placa de agente federal. La placa perteneciente al agente Trayler. Y el hecho de que estuviese en poder de Gribble y éste tuviese algo que decirles al respecto, evidenciaba que debían perder la esperanza de encontrar a Trayler vivo.

Salíó, cerrando la puerta a sus espaldas.

Volvió al coche y avanzó, hasta encontrar un motel, junto a cuya entrada había una cabina telefónica.

Llamó a la Seccional de Chicago, hablando directamente con el inspector.

Sostuvo con él una larga conversación, durante la cual intercambiaron puntos de vista personales acerca de aquel asunto.

El inspector se encargó de los trámites para retirar el cadáver de Gribble y efectuar las averiguaciones pertinentes en el escenario del crimen. Mientras, él debía continuar con el caso, buscando alguna pista que condujese al descubrimiento de Archie Pen y también del agente Trayler, misteriosamente desaparecido y cuya placa había encontrado en posesión del ahorcado.

Dick se alejó hacia el cercano muelle, junto al cual se alzaba una espaciosa barriada, como un auténtico pueblo y cuya orilla del lago estaba cubierta de barcas de pescadores y lanchas deportivas.

Se detuvo junto a un club nocturno de ciertas pretensiones.

Del interior brotaba la melodía que la orquesta interpretaba en ese instante. Y la voz de la cantante.

Las facciones de Dick Carradine parecieron transformarse al captar el suave sonido de la voz femenina. Por unos momentos pareció otro hombre. Más juvenil, menos duro de lo que aparentaba normalmente.

II

SACUDIÓ la cabeza para ahuyentar la emoción que le había asaltado de súbito.

Era la voz de Clare Nolan. Estaba seguro de ello. No podía equivocarse. Era una voz única. Quizá no demasiado extraordinaria, pero de timbre original, único.

Entró.

No estaba mal aquel club. Buena decoración y buen servicio. Y abundante clientela.

En su mayor parte, habitantes de los barrios céntricos de la ciudad, que acudían en busca de una aventura fácil lejos de sus lares, donde más difícilmente pudieran ser reconocidos.

La eterna aventura del hombre lleno de convencionalismos y de prejuicios, que de cuando en cuando quiere portarse tal cual es, sin que sus más allegados lleguen a descubrir su auténtica personalidad, muy distante de la que se ha creado ante los demás seres que le rodean.

Era Clare, en efecto.

El federal permaneció cerca de la entrada, contemplándola en silencio, inmóvil como una estatua, pendiente de su voz y de sus gestos.

La joven llevaba una blusa y una minifalda, que permitía admirar la perfección de sus piernas. Y la bondad de todo su cuerpo, sin mengua en sus curvas ni exceso alguno que desmereciese del resto.

Clare había ganado en arte, en expresión en aquellos últimos cuatro años que no la había visto. Había prosperado en su profesión. Pero sin llegar a esa cima del arte que hace famoso a un cantante. Y no llegaría jamás. Quizá porque estaba un poco cansada

de aquello. Un cansancio que se adivinaba en ella conociéndola a fondo, como él la conocía.

Al terminar estalló una salva de aplausos y de silbidos.

Se dieron las luces.

Clare saludó antes de retirarse por la puerta cubierta con una cortina que se abría junto al estrado de la orquesta.

No reparó en él. No se apercibió de su presencia. Su mirada y su sonrisa resbalaron por el centro de la sala, sin abarcar sus partes más alejadas.

Dick atravesó la espaciosa sala, donde ahora varias parejas bailaban al compás de un ritmo desbordante.

Se adentró por el pasillo de los camerinos, mirando con atención todas las puertas que lo flanqueaban en su parte diestra.

Se detuvo ante la hoja que tenía un cartelito con el nombre de la joven grabado en él.

Golpeó con los nudillos.

—Pase —pronunció en el interior la voz de Clare.

Entró.

Era un cuarto muy pequeño. Justo el espacio para el biombo, un par de sillas, el tocador, el espejo oval y unas maletas. Con un armario empotrado en la pared.

Olía allí a cosméticos, a lacas.

Clare estaba sentada en la banqueta, arreglándose el rostro frente al espejo.

El agente avanzó unos pasos, deteniéndose en el centro de la estancia. Luego pronunció:

—Hola, Clare.

La joven lo observó por breve espacio de tiempo con fijeza. De pronto se levantó con rapidez, como si el asiento hubiese estado al rojo vivo. Se volvió de frente a Dick y apoyó ambas manos en el tocador, ligeramente echada hacia atrás.

—Dick Carradine —pronunció.

—El mismo —sonrió el federal—. Por un momento he estado temiendo que ni siquiera me recordases ya.

—Bueno. Es una sorpresa. El mundo es un pañuelo. Es esto lo que suele decirse cuando uno se encuentra con alguien a quien espera no volver a ver jamás.

—Sí. ¿Sabes, Clare? Has dicho que mi presencia aquí es una

sorpresa para ti. Pero no parece ser una sorpresa grata.

Clare emitió una seca risita, pasado el primer momento de estupor que la había dominado.

—¿Por qué habría de serlo, Dick? Guardo de ti un mal recuerdo. Y cuando alguien nos deja un mal recuerdo, el reencuentro nunca es grato. Siempre domina la impresión de ese recuerdo.

—Sí, tienes razón —reconoció el joven—. Y de veras que me gustaría borrar ese mal recuerdo. Aunque sea difícil.

—¿Difícil? —repuso ella—. Yo diría que imposible. Aquello terminó, Dick. Para siempre. Y tú lo quisiste así.

—Cierto, Clare. Yo terminé con lo nuestro.

Clare volvió a sentarse en la banqueta. Luego adujo:

—¿Qué tal los millones de papá, Dick?

El joven tragó el sarcasmo con ecuanimidad.

—No seas irónica, Clare. Eso es agua pasada.

—¿Quieres decir que la familia Carradine se ha arruinado?

—No exactamente —replicó—. Soy un agente federal. Desde hace dos años pertenezco al F.B.I.

Se percató de que Clare lo miraba a través del espejo con cierta desconfianza. De que se ponía tensa.

La mujer volvió a levantarse. Luego giró lentamente para situarse de nuevo frente al federal.

—¿Quieres decir que esta visita obedece a un acto de servicio? —inquirió.

—No, Clare. Nada de eso. Estoy en acto de servicio aquí, pero no precisamente en tu camerino. Nuestro encuentro ha sido completamente casual. He oído tu voz desde afuera. Y he considerado que debía visitarte. Aunque te molestase un tanto a causa de ese mal recuerdo que dejé en ti.

—Muy amable de tu parte, Dick.

La joven se dirigió al armario empotrado en la pared y sacó de él un abrigo de entretiempo, de suave tejido.

Mientras se lo ponía, miró a Dick con expresión irónica. Luego, dijo:

—¿Ya le gustó a papá que decidieses ser policía federal? ¿O él mismo te lo propuso para que pudieras castigar por vuestra propia mano al delincuente que osase robar a los Carradine?

Dick hizo un gesto de impaciencia, de reproche.

Comprendía las razones de Clare para hablarle como lo estaba haciendo. Ella había sufrido en el pasado por su cuenta. Se había entregado por entero a su amor por él. Un sentimiento limpio, juvenil, sin doblez alguna.

Dick no podía olvidar nunca aquel momento de la despedida final entre los dos, cuando acariciaba tenuemente sus mejillas y prodigaba frases de disculpa, que no podían convencer a nadie.

Era aquello lo que más hondamente debía haber quedado grabado en el corazón y el cerebro de Clare. Y no podía quejarse ahora de su reticencia.

Se acercó más a ella. Serias sus varoniles facciones.

—No emplees más tus sarcasmos, Clare. Te lo ruego. Me hacen daño. Sí. Ya sé lo que vas a responderme. Me lo has dicho ya. Lo tuyo fue el espaldarazo que me ayudó a desgajarme de unas tradiciones rutinarias y caducas. Luego, lo dejé todo por pertenecer al F.B.I., por seguir el camino que me trazaba mi razón, mi vocación. Lamento que las cosas fuesen así y no al contrario. Que mi ingreso en el F.B.I., no fuese el espaldarazo para proyectarme hacia ti. Pero entonces fui un cobarde. Tú no has pronunciado esa palabra, pero la has insinuado.

—Sí —adujo ella con un leve gesto de amargura—. Fuiste un cobarde entonces. Y un cobarde sólo merece desprecio. Aquello me hizo mucho daño. Había confiado demasiado en ti, Dick. También fue, en el fondo, una buena lección. Pero, ya ves. Todo se olvida.

Hizo una breve pausa, prosiguiendo:

—Voy a casarme. He conocido al fin un hombre que no está lleno de prejuicios.

Dick abatió la cabeza por un instante.

Lo sabía ya. Conocía el propósito de Clare. Alguien se lo había dicho cuando trató de buscarla para enmendar su error anterior. Y no siguió adelante por eso. Para no inmiscuirse en sus asuntos privados.

Quería significar que Clare había olvidado, que había otro hombre en su vida. Entonces no tenía derecho a aguarle su felicidad.

—He oído algo de eso, Clare. ¿Cuándo?

—Muy pronto. Antes parece que hay que solucionar algunos asuntos.

—Bien —sonrió el federal—. Mi felicitación más sincera. ¿Puedo saber quién es él? Si no se trata de ningún secreto.

—No lo es, por supuesto. Su nombre es Archie Ben. No pertenece a ninguna familia de alcurnia, y por tanto...

Calló al ver el gesto de las facciones de su antiguo prometido.

Dick parecía sufrir los efectos de un mazazo en la cabeza. Su mirada permanecía fija en la de Clare, pero ausente al mismo tiempo, sin reparar apenas en la mujer. Y su gesto era duro, un tanto perplejo.

—¿No has leído los periódicos de estos últimos días, Clare? —inquirió.

—No. Hace tiempo que dejé de hacerlo. No contienen más que deportes, ecos de sociedad, esquelas mortuorias y artículos acerca de personas que no tienen la menor importancia para la gente. Nuestro Gobierno echa la culpa Vietnam del Norte de la guerra, y el Gobierno de Vietnam del Norte se la echa al nuestro.

Hablaba con sinceridad. Con un poco de sarcasmo, pero sin doblez. Y Clare no había sido nunca fácil a la mentira.

—No —adujo Dick—. Ya veo que ignoras algunas cosas.

La actitud del agente intrigó a Clare, que preguntó:

—¿Cómo qué cosas, Dick?

—Como que ese hombre, Archie Ben, es un ladrón.

Chispearon de furor los hermosos ojos de la mujer. Y de pronto disparó la mano diestra, estrellándola en la mejilla de Dick.

La bofetada resonó como un trallazo en el interior del reducido cuarto.

—No tienes derecho a insultar a Archie —exclamó—. Y no vas a conseguir nada con eso.

—Es la verdad, Clare —insistió el agente, que había continuado inmóvil, asimilando el golpe de la joven con ecuanimidad—. Golpeó en la cabeza al hombre que guardaba la caja de la oficina de su patrón y abrió la caja fuerte. Conocía la combinación. Porque era un inexperto. Y dejó allí sus huellas dactilares. Alguien lo vio por esta parte del lago.

Clase se dio cuenta de que el federal le estaba diciendo la verdad, de que no se trataba de una sucia treta para indisponerla contra Archie.

Además, había otros detalles. Unos detalles que hasta entonces

le habían parecido naturales, pero que cobraban un valor completamente distinto tras la declaración de Dick Carradine.

—Entiendo —pronunció al fin—. Además de cobarde, eres un maldito embustero, Dick. Has dicho que esta visita no era en acto de servicio. Pero es falso. Sabías que Archie es mi prometido. Y has tratado de obtener alguna ventaja...

—Te equivocas, Clare —la atajó—. Te lo aseguro. He venido por ti. Sólo por ti. Pero...

Calló, paseando por la reducida estancia con cierto nerviosismo.

Finalmente se detuvo frente a ella para preguntarle:

—¿Dónde está tu prometido?

Clare se encogió de hombros antes de dar su respuesta:

—No lo sé, Dick. Te estoy diciendo la verdad.

—Sin embargo, hay informes que evidencian que Archie Ben vino a esta zona del lago después de dólares. Y tú estás también aquí. Resulta extraño en su conjunto, ¿no crees, Clare?

—Bueno —replicó ella—. Ya surgió el polizonte. Pero te he dicho la verdad. Archie me envió una nota al club nocturno en que actuaba yo en Chicago. En Cícero. Debía venir aquí y esperarlo.

—¿Nada más que eso, Clare?

—Archie me dijo que estaba llevando a cabo un buen negocio. Le faltaba poco para ultimarlo. Debía cancelar mi contrato en el club de Cícero y venir aquí. Luego esperaría su llegada. Agregó que se reuniría muy pronto conmigo y luego partiríamos juntos al Canadá. Que lo más seguro iríamos a Europa. Eso es todo, Dick.

—¿Cuánto hace de eso? —inquirió el federal.

—Cinco días. Cinco días esperando inútilmente.

—Hace cuatro que se cometió el robo. Y esa misma noche fue localizado en este punto.

El hermoso rostro de Clare dibujó un gesto de profunda preocupación.

Todo aquello era desconcertante para ella. La súbita presencia allí de Dick Carradine como agente federal, el robo de Archie Ben, los planes de éste, su ausencia...

—Debo confesarte que me siento desorientada, Dick —adujo de súbito—. Sin embargo, estoy segura de que Archie vendrá. Tarde o temprano. Él estaba muy enamorado.

Dick se golpeó la mano abierta con el puño contrario.

—Esto me intriga mucho, Clare —confesó—. Mucho. Debo decirte que me hallo tan desorientado como puedas estarlo tú. Aunque eso que has aducido puede no decir nada. También yo estaba muy enamorado de ti, y tuve miedo a última hora.

—Pero es diferente, Dick. ¿No te das cuenta? Archie tenía proyectado ese robo. Quería huir al extranjero, sin prescindir de mí. De lo contrario, le bastaba con haber cometido su delito y haberse largado sin más. Pero no hizo eso, sino que se puso en contacto conmigo y me citó para nuestro encuentro. ¿Por qué habría de hacerme venir aquí, si de verdad no tenía intención de llevarme consigo?

—Tienes razón en eso —reconoció el federal—. Y eso puede querer decir que se ha sentido acorralado y se oculta.

—Bien —pronunció ella con cierta tristeza—. Supongo que me someterás a una estrecha vigilancia ahora.

Dick hizo un gesto ambiguo con la diestra.

—No lo creo necesario. Al menos por el momento. Aunque quizá más adelante haya que hacerlo. Estoy seguro de que no vas a seguirlo ahora que sabes lo que ha hecho.

—No seas idiota, Dick —estalló—. Doscientos cincuenta mil dólares son una cantidad tentadora. Creo que merece la pena aceptar a un hombre que los posea, sin hacer demasiados ascos respecto a su origen. Las leyes han sido hechas por los privilegiados, a beneficio suyo. Eso les permite muchas formas de robo sólo con manejar sus negocios de acuerdo con esas leyes. Pero ¿crees que en el fondo y en conciencia no son tan ladrones como el propio Archie?

Dick manoteó al aire.

Era difícil luchar contra los razonamientos de Clare. Además, era fácil adivinar hacia qué lado iban dirigidos sus dardos. Conque optó por callar.

—Debo irme ahora —arguyó la joven—. Tengo una casita alquilada cerca de aquí.

—Te llevaré en mi coche.

—Como quieras.

Siguieron carretera adelante, hasta alcanzar una coquetona casita de una sola planta, a media milla de distancia del club.

Dick la acompañó hasta la entrada.

Cuando Clare abrió la puerta, se volvió al federal para despedirse.

—Hasta pronto entonces, Dick. Y espero que no tengas demasiada suerte. Porque estoy empezando a pensar que tu buena suerte como agente federal puede acarrear la mala suerte para mí.

III

EL agente chascó la lengua con desagrado.

No estaba muy seguro de si Clare decía eso sólo para molestarle o porque se hallaba dispuesta a largarse con Archie a pesar de todo si éste daba señales de vida.

Sería capaz de hacerlo aunque no fuese más que por darle a él un fuerte golpe y devolverle en cierto modo la pelota.

—Me gustaría pasar y efectuar un registro ahí adentro, Clare —pronunció Dick de súbito—. Cerciorarme que no hay rastro de Archie.

Clare le sostuvo la mirada sin el más leve parpadeo. Así pudo leer en sus ojos como en un libro abierto.

El agente estaba seguro de que allí adentro no había el menor rastro de Archie. Pero quería estar a solas con ella. Y aquélla le parecía una buena disculpa para lograrlo.

—No vas a entrar, Dick —respondió—. Tendrás que proveerte de una orden judicial para hacerlo.

—Está bien. No te sulfures, Clare. Pero es posible que venga con esa orden judicial de registro.

Estaban muy cerca el uno del otro. Tanto, que sus cuerpos casi se rozaban.

Dick sintió la súbita tentación de estrecharla entre sus brazos. Y no trató de apartarla de sí. Se dejó vencer por el impulso.

Sus brazos rodearon el cuerpo de Clare y lo atrajeron hacia sí.

Luego se inclinó sobre ella, que parecía permanecer impasible, sin oponer resistencia alguna, para besar aquellos rojos labios que tanto había ambicionado.

La joven se echó ligeramente hacia atrás. Y de repente disparó la pierna, golpeando la espinilla de Dick con todas sus fuerzas.

El agente dejó escapar un leve gemido al tiempo que aflojaba su presión.

Antes que acertara a hacer nada para impedirlo, Clare entró en su casa y cerró la puerta mediante un violento portazo.

El agente masculló una sorda maldición antes de retornar a su coche.

Conectó el encendido y se alejó después de girar para ir al motel que había visto cercano al club.

Dobló el primer recodo de la carretera, bordeada por corpulentos árboles.

Frenó con cierta violencia, haciendo patinar los neumáticos sobre la cinta asfaltada y dejando gruesas marcas negras tras del vehículo.

Una extraña sospecha estaba germinando en su cerebro. Aunque en el fondo resultase violento, incluso doloroso para él.

Orilló el coche, hasta ocultarlo tras unos setos, fuera de la carretera. Luego caminó, hasta un lugar del recodo, desde el que podía divisar la casa de Clare. Y esperó.

Mientras, la joven permaneció con la espalda pegada a la puerta que acababa de cerrar de golpe, absorta en sus pensamientos.

Pensamientos poblados de viejos recuerdos. Y de amargas ideas.

Los recuerdos estaban asociados a Dick Carradine. A aquel hombre que la había dejado plantada por temor a que su padre lo desheredase. El primer hombre que había despertado en su pecho la sensación agri dulce del amor. Un amor que, en cierto modo, aún perduraba, aunque se esforzase por olvidarlo. Aunque decidiese no seguir adelante con ello, pese a todo.

Las ideas amargas estaban ligadas a su presente más inmediato.

Se daba cuenta de las cosas, después de los últimos y desconcertantes acontecimientos. Se percataba perfectamente del papel que Archie Ben había pretendido hacerle jugar. Bastante sucio por cierto.

Sintió el ruido del coche del federal alejándose de allí.

Cuando se perdió en la distancia, sonrió.

Había estado a punto de dejarse llevar de la corriente. Y le hubiese sido fácil después de todo. Porque Dick aún pesaba en su ánimo.

Pero aquel presuntuoso «hijo de papá» merecía lo que habíale

hecho.

De súbito tomó una decisión. Decidió comprobar por sí misma sus sospechas acerca de Archie, acerca del papel que habíale querido hacer jugar en aquel asunto.

Dio la luz y se acercó al teléfono.

Disco el número del motel, donde siempre había un par de coches de alquiler.

—Soy Clare Nolan —explicó tras los saludos de rigor—. ¿Puede enviarme ahora un coche?

—En un momento estará ahí, señorita Nolan.

El coche se presentó un cuarto de hora más tarde.

Montó, diciendo al conductor:

—Al almacén de la «Michigan, Co.».

Recorrieron la cinta asfaltada, cruzando junto a Dick y su coche, sin conseguir localizarlos al otro lado de los árboles y los setos.

Los almacenes se hallaban cerca del muelle que Dick había visto antes, al abandonar la casa del viejo Gribble.

La joven golpeó con insistencia en la puerta de la vivienda del encargado del mismo, que asomó por una ventana de la planta superior con gesto somnoliento.

—¿Quién diablos llama a estas horas? —masculló.

—Soy Clare Nolan. Lo necesito. Por favor, amigo.

El hombre bajó refunfuñando.

—¿Qué quiere ahora, señorita Nolan? —inquirió.

—El maletín que deposité anteayer. Es urgente.

—¡Demonios! —exclamó el hombre—. Creía que lo iba a enviar a alguna parte.

—Ésa fue mi primera intención. Pero he cambiado de parecer. Y lo necesito con urgencia.

—¿Ni siquiera ha podido esperar a mañana?

—Ya ve que no.

El hombre se perdió en el interior del almacén, un gran cobertizo de madera repleto de cajas de embalaje, fardos y otros muchos bultos amontonados por todas partes.

Cuando salió con él, Clare lo tomó con cierto apresuramiento. Y los cinco dólares que entregó al hombre por su trabajo tuvieron la virtud de desarrugar su ceño y hacerle sonreír con sonrisa halagadora.

Regresó a la casa.

Una vez a solas, Clare sacó una llavecita de su seno y se apresuró a abrirlo.

Permaneció rígida, extasiada contemplando los fajos de billetes de mil dólares que contenía en su interior, muy bien colocados.

Sacudió su cabeza para vencer su estupor. Luego los contó someramente.

Exactamente la mitad del dinero robado por Archie en el Banco donde prestaba sus servicios. Ciento setenta y cinco mil dólares.

¿Y la otra mitad? ¿Acaso Archie se había apresurado a largarse con aquel dinero y esperaba que ella hiciese otro tanto inocentemente cuando le enviase un recado al respecto?

Oprimió sus manos en un gesto desesperado.

Desconocía los planes de su prometido. Quizá fuese allí para emprender juntos el viaje al Canadá, cuando creyese llegado el momento oportuno. O acaso le hiciese llegar un mensaje para que se reuniese con él. Cuando llegase ese momento, Archie iba a oír muchas cosas.

Había sido un canalla complicándola en un robo como aquél. Un auténtico canalla.

Clare sonrió amargamente.

Había tenido muy mala suerte. El primer hombre que había amado resultó un cobarde, que prefirió los millones de la familia a su amor, a la felicidad que le brindaba.

Y cuando había creído encontrar otro hombre que podía ayudarla a olvidar esa parte desagradable de su pasado y brindarle la protección y el cariño que estaba necesitando, resultaba ser un ladrón sin escrúpulos, que no vacilaba en servirse de una manera inconsciente por su parte de ella para escapar con su botín.

Todos sus músculos se pusieron tensos al sentir la llegada de un coche, que frenó con penetrante chirrido junto a la casa.

Reaccionó con rapidez.

Pasó a la cocina con el maletín y procedió a retirar la chapa que ocultaba el tiro de la chimenea de la vieja cocina de carbón, para meter en aquel hueco todos los billetes.

Estaba terminando de introducir los últimos fajos, cuando golpearon con los nudillos en la puerta.

Estaba segura de que era Dick Carradine. En contra de sus

palabras, el agente debía haberla seguido.

No había encontrado nada sospechoso en su camino hasta el almacén ni al regresar del mismo. Pero estaba segura de que se trataba de Dick.

Antes que el federal volviese a llamar, Clare había cerrado la chapa y procedía apresuradamente a meter en el maletín unas cuantas ropas suyas, que sacó del armario, poniendo sumo cuidado en no desordenar las cosas.

Cerró el maletín con llave y acudió a abrir, cuando ya el federal se disponía a llamar de nuevo.

—Hola, Clare.

—¿Otra vez tú, Dick? ¿Qué tripa se te ha roto ahora?

—Ninguna tripa, Clare. Me ha picado la curiosidad de pronto. Te he visto ir en un coche de alquiler hasta el almacén de la «Michigan, Co.».

—Bueno —sonrió ella un tanto forzadamente—. He ido en busca de un maletín que deposité hace unos pocos días.

—Eso lo sé —afirmó él—. He hablado con el encargado del mismo. Lo que me interesa es ver lo que guarda ese maletín en su interior.

La joven se hizo a un lado para dejarle el paso libre. Luego cerró la puerta a sus espaldas y miró a Dick con sorna, acentuada al darse cuenta que estaba de espaldas a ella y no podía verla.

Por un momento había tenido la intención de confesarle la verdad al joven federal. Explicarle cómo habían sucedido las cosas y entregarle aquel dinero. Porque jamás había tenido el pensamiento de largarse junto a Archie después de saber lo que había hecho.

No le negaría una ayuda moral. Pero a cambio de honradez en todos los terrenos.

No obstante, estaba dispuesta ahora a negarlo todo ante el agente federal, ante su antiguo prometido. Quería el fracaso de aquel hombre. Por un rencor que guardaba en lo más profundo de su ser.

Luego entregaría aquel dinero y diría la verdad. Pero en la Seccional de Chicago, lejos de Dick Carradine.

Dejó sobre la mesa el maletín, que aún conservaba pegada la etiqueta de la compañía de transportes del lago Michigan, con la fecha de su ingreso en los almacenes.

—Aquí la tienes, Dick —le ofreció la llave al decir esto—. Puedes examinarla a fondo. No tiene nada que ocultar.

El federal la abrió, revolviendo las ropas que Clare había metido unos instantes antes.

La miró después.

—¿Esto es lo que ha contenido en estos últimos días? —preguntó—. ¿No ha habido un cambio repentino?

Clare se mantuvo serena, sin parpadear ante la inquisitiva mirada de Dick, que parecía escudriñarle hasta los rincones más hondos del cerebro.

—Puedes opinar lo que te plazca, Dick. Te aseguro que es algo que me tiene sin cuidado.

—¿Y para qué diablos tenías que dejar esto en el almacén de esa compañía?

—Elemental. Me molesta ir de un lado para otro llevando mi equipaje de la mano. Esa compañía se dedica a transportar mercancías a todos los puntos del lago Michigan, incluyendo al Canadá. Había pensado que me llevasen esto cuando partiese en compañía de Archie. Es el motivo de que estuviese almacenada ahí, esperando mi orden para embarcarla.

El agente sacó del maletín la prenda más íntima de Clare, de un tono suave azulada. La sostuvo entre ambas manos, mirándola con cierto sarcasmo.

—Bonita pieza —comentó—. Claro que preferiría verla puesta en su sitio. Pero...

Clare se la arrebató de un violento manotazo.

Luego la arrojó al interior del maletín con un gesto de enfado.

Dick se puso serio de repente. Luego adelantó el busto hacia la joven y empezó a decir:

—Escucha, Clare. No estoy muy seguro de todo esto. Tengo mis dudas al respecto. Si eres inocente, lo celebraré. No me gustaría verte complicada en este asunto. Intuyo en él algo mucho más siniestro que unos cuantos robos. Pero si estás complicada de algún modo... Bueno. No me gustaría tener que detenerte y encerrarte. Te aseguro que iba a ser duro para mí. Pero lo haré sin la menor vacilación.

—Te creo, Dick.

El agente abandonó seguidamente la casa, dirigiéndose a un

motel, donde alquiló uno de los sencillos apartamentos para pasar la noche.

Al día siguiente se levantó temprano, tras haber tenido una pesadilla.

Permaneció largo tiempo en el muelle, viendo partir algunos barcos de pesca. A un navío de carga y a un yate tripulado por cuatro hombres, que ostentaba un nombre muy marinero: el «Albatros».

Después rodó por la carretera, acercándose casi de un modo inconsciente a la casa del viejo Gribble.

La puerta de la casa estaba abierta de par en par, así como la ventana del dormitorio donde había encontrado ahorcado al dueño de la vivienda.

Alguien se hallaba en su interior. Pudo ver su silueta durante una fracción de segundo a través del hueco de la ventana. Alguien que se movía con rapidez.

Orilló el coche y saltó al suelo.

Entró, hasta el dormitorio.

Contempló al hombre que se afanaba en limpiar con un puñado de aserrín mojado y una estropeada escoba el suelo de la habitación.

Se trataba de un negro. De edad madura, de escaso cabello muy rizado y ya blanco, poniendo un contraste con el color de su piel. Un negro de labios gruesos y nariz ancha, de ojos vivaces, que parecían moverse en sus órbitas de una manera alegre, como dotados de vida propia.

—Buenos días, amigo —saludó.

El negro dejó de manejar su escoba para mirarlo. Luego se quitó su raída gorra de marinero, que apenas le cubría el cogote, y saludó amablemente al federal.

—Buenos días, señor.

Observó con atención a Dick antes de preguntarle:

—¿Qué busca aquí, señor? Ésta es la casa del viejo Gribble. Pero el viejo Gribble ha muerto. No obstante, si desea alquilar su lancha, era propiedad de los dos. Yo puedo...

Calló al percatarse de la expresión de su interlocutor.

No. Aquel hombre no estaba allí por la barca.

Y sus palabras no le importaban en absoluto. Buscaba otra cosa.

Conque esperó en silencio la explicación de Dick.

—Soy el agente federal que descubrió ayer el cadáver de Gribble, colgado de una viga. Me había citado entre once y doce de la noche. Cuando llegué lo encontré ahorcado.

Hizo una breve pausa, inquiriendo a continuación:

—¿Quién es usted y qué hace aquí?

El negro hizo una extraña mueca antes de responder:

—Mi nombre es Tom Bitcher, señor. ¿Tiene usted discriminaciones raciales?

Dick sonrió ampliamente al ver la expectación con que el otro aguardaba su respuesta.

—No —dijo.

El negro suspiró hondo. Luego le tendió su diestra con su sonrisa más amigable:

—Ésta es mi mano, entonces.

IV

EL agente federal la estrechó de buena gana.

—Verá, federal. Gribble y yo éramos grandes amigos. El único amigo de verdad que he tenido en mi vida.

—Siga, Tom. Y no me llame federal. Mi nombre es Dick. Creo que nos entenderemos mucho mejor.

—Desde luego —sonrió el negro, enseñando dos hileras de dientes roídos por las caries—. Yo nací en Alabama. Mal sitio para los hombres de mi raza. Tan malo, que decidí emigrar al Este. Me vine a Chicago. Pero las cosas no son aquí mejores que en el Sur. ¿Sabe? Por mucho tiempo los negros fuimos privados del voto. Y cuando el Gobierno de la nación promulgó la Ley que nos lo concedía, el Gobierno de Alabama dictó otra que excluía de él a los analfabetos. A sabiendas de que la mayor parte de los negros éramos analfabetos.

—Lo sé, Tom. Una sucia jugada.

—Exacto, Dick. Una sucia jugada. Y ahora tengo entendido que en muchas partes, para impedir la entrada de los negros en los colegios de los blancos, el Gobierno del Estado los abandona y los deja en manos de particulares. Así ponen un freno a la expansión cultural de los hombres de mi raza.

—De acuerdo, Tom —concedió el federal—. Pero esos asuntos no son los que me interesan ahora, aunque siempre constituyen un problema. Quiero saber algo sobre el viejo Gribble.

El negro amontonó la basura en un rincón. Luego se volvió nuevamente a Dick para añadir:

—Gribble me ofreció su amistad desde el primer momento. Cuando todos me despreciaban aquí, él me tendió una mano. Y no lo hizo por compasión. Ni por paternalismo. Lo hizo porque para él

todos los hombres eran iguales y se sintió identificado conmigo. Es difícil encontrar hoy un hombre así. En el Sur nos decían a los negros que fuésemos esclavos y Dios nos bendijese. Aquí, en el Este, nos dicen que seamos libres y el diablo nos lleve.

Al acabar de decir esto, Tom se acercó a la cama y tomó un periódico que alargó al federal.

—Vea la página octava, Dick —dijo—. Da la noticia de la muerte de Gribble.

Dick examinó la escueta noticia. Unas pocas frases comunicando el hallazgo de su cadáver. Y la declaración de la Policía considerándolo un suicidio por causas desconocidas.

El inspector obraba con cordura al hacer esa declaración a la prensa. Porque no era conveniente espantar la caza antes de tenerla a tiro.

—Vea lo que dice ahí, Dick —masculló el negro con cierto furor—. Que Gribble se ha suicidado. Y eso es falso. Gribble ha sido asesinado.

El agente miró con redoblado interés a su interlocutor.

Había afirmado aquello con entera seguridad. Sin sombra de duda alguna. Casi como si hubiese sido testigo del drama.

—¿Qué sabe de eso, Tom?

—Bueno —respondió el negro haciendo un gesto con los hombros—. La verdad es que no sé mucho. Y quizá mis razones no le convenzan a usted. Pero yo estoy seguro de lo que digo.

—Acláremelo. Puede tener mucho interés.

El marinero de color le hizo una señal para que lo siguiese.

Lo llevó hasta la cocina, donde había procedido también a una limpieza a fondo y preparado una jarra de café, que ofreció al federal.

Empezaron a beberlo juntos.

—Las cosas no nos rodaban muy bien últimamente, ¿sabe, Dick? —empezó a decir—. Formamos sociedad, pero el viejo estaba bastante enfermo. Tenía los bronquios hechos polvo. Y le sentaba mal navegar a sus años. Conque nos separamos. Sólo teníamos la barca en común. Pero nos veíamos todas las noches en el bar del motel. Un día me dijo que había tenido suerte y obtendría algunos ingresos.

Bebieron café a pequeños sorbos, guardando un largo silencio.

Dick no quiso forzar al negro en sus declaraciones. Prefirió dejarlo a su albedrío, seguro de que así obtendría una información mucho más amplia.

—Bien —prosiguió diciendo Tom—. Gribble me dijo que iban a proporcionarle algunos huéspedes. De veras que me alegré. Pero nunca pude ver a sus huéspedes. Y cuando le hablé de eso, me respondió que sus huéspedes se iban demasiado pronto. Llegaban, pasaban una noche y se largaban. Agregó que se los arrebatava el capataz de esa compañía que se dedica a la búsqueda de tesoros sumergidos.

Dick lo miró con el ceño fruncido en un gesto de extrañeza.

—¿Qué compañía es ésta? —preguntó.

—Bueno —sonrió el negro—. Yo creo que se trata de una partida de locos. Pero la verdad es que ellos toman muy en serio su trabajo. Ya habrá oído hablar de esos buscadores de tesoros del mar Caribe, que tratan de localizar antiguos galeones españoles hundidos con cargamentos de oro y plata.

—Desde luego. Pero los galeones españoles no surcaron las aguas del Michigan.

—Es cierto. Pero lo han surcado muchos otros barcos. Allá por los años treinta, el «City of Chicago» se hundió durante un temporal llevando un cargamento de oro cuyo valor aproximado era de unos diez millones de dólares. Hasta el momento no se sabe de nadie que haya encontrado su paradero. Pues bien, esos hombres tienen la esperanza de dar con los restos de ese barco y de otros hundidos en circunstancias parecidas.

Dick meditó en las últimas palabras de su interlocutor.

Recordaba la anécdota del «City of Chicago». Era un hecho verídico. Y quizá aquellos locos, como Tom los llamaba, tenían alguna pista que les permitiese localizar el paradero de aquel barco. O de otros similares.

—Entiendo, Tom —repuso—. Continúe.

—Hace un par de noches estuve con Gribble, como de costumbre. Pero él estaba más contento que de costumbre. Debía bastante dinero en el motel. Y esa noche se comprometió a pagarle en un par de días. Iba a mejorar su suerte. Luego me dijo confidencialmente que iba a pagarle una buena cantidad la propia Policía. Que los otros habían estado cagándole mal. Pero ya se

había cansado de aquel juego sucio. Después, cuando salimos afuera, señaló las aguas del lago con un gesto de repugnancia y manifestó que el nombre de Michigan le cuadraba mal. Que en realidad debía llamarse el lago de la Muerte.

Dick paseó por la estancia, meditando acerca de todo aquello. Preguntándose qué clase de huéspedes había tenido el viejo Gribble. Qué sabía el hombre de todo lo referente a Archie Ben y al agente federal desaparecido. Y por qué había denominado al Michigan como el lago de la Muerte.

Todo se relacionaba entre sí. Pero ¿cómo?

Se detuvo frente a Tom Bitcher para inquirir:

—¿Gribble nombró delante de usted a alguno de sus huéspedes?

—Pues... Creo que sí. Aunque no recuerdo en este instante. Son cosas que no me importaban en absoluto y apenas si le presté atención.

—Procure recordar. Es muy importante.

El negro se entregó a una profunda reflexión.

Hundió el rostro entre ambas manos y apoyó los codos en las piernas, permaneciendo así durante largos minutos, causando la impaciencia de Dick, que, no obstante, no quiso interrumpirlo.

De pronto levantó la cabeza y luego se puso en pie con una chispita de inteligencia en su mirada.

—Ahora recuerdo algo —exclamó—. Fue cuando tuvo a su último huésped. Hace muy pocos días. Dijo que había llegado con un maletín, que no soltaba ni para comer. Que parecía muy desconfiado y que había dicho llamarse Ben o algo parecido. No estoy muy seguro de eso.

—¿También dijo de este último huésped que la compañía buscadora de tesoros se lo había arrebatado?

—Sí, por supuesto.

—Un buen informe el tuyo, Tom. Creo que volveremos a vernos pronto.

Abandonó la casa, volvió al coche y enfiló la carretera hacia el muelle.

Dick empezaba a tener una idea bastante clara de todo aquello.

Al parecer, los delincuentes que habían llevado a cabo los últimos robos en los establecimientos bancarios habían sido huéspedes de honor del viejo Gribble. Luego, la compañía

buscadora de tesoros se los había arrebatado.

Eso significaba que el asunto de los tesoros sólo debía ser una fachada. Para cubrir un edificio sucio y sórdido en su interior. Con toda seguridad, aquellos hombres transportaban a los viajeros perseguidos por la Policía hasta el Canadá, atravesando el lago. Por eso se los habían arrebatado al viejo.

Lo más seguro era que el agente federal Trayler hubiese averiguado algo de todo eso. Y debió ser descubierto. Porque no albergaba esperanza alguna de encontrarlo con vida.

Lo indicaba así el hecho de que su placa estuviese en poder de Gribble. Y también el hecho de que el viejo hubiese llamado al Michigan el lago de la Muerte. Quizá porque había sido testigo del asesinato del agente federal y sabía que su cadáver se encontraba en el fondo del lago, con el peso suficiente para no retomar jamás a la superficie.

Lo malo del asunto era que Gribble se había ido de la lengua en el motel al aseverar que pagaría todas sus deudas. Eso había permitido a los criminales cerrar su boca para siempre antes que pudiese hablar.

La compañía de tesoros ostentaba el nombre de «Tamper & Allyson».

Los nombres de los dos propietarios.

Poseía un enorme pabellón de forma rectangular, muy cerca del muelle. Un pabellón repleto de objetos de la más diversa índole, entre los que destacaban los esqueletos de un par de barcos de pequeño calado.

Tamper se hallaba en la sencilla oficina.

Se trataba de un hombre como de unos treinta años de edad. Alto y casi tan atlético como Dick Carradine. De facciones varoniles y sempiterna sonrisa, que rejuvenecía notablemente su rostro.

Asintió con un gesto enérgico cuando Dick le mostró su placa de agente federal. Queriendo darle a entender que estaba a su disposición para todo, que le gustaba cooperar con la Policía.

—Usted dirá, federal.

—Tengo la impresión de que usted conocía al viejo Gribble.

—¿El viejo marinero que se ahorcó anoche?

—El mismo.

—Pues sí que lo conocía, aunque no de una manera íntima.

—Tengo entendido que albergó en su casa algunos huéspedes. Y también que esos hombres se despidieron, al parecer coaccionados por usted.

Tamper lo miró con fijeza durante breves instantes. Luego, sus labios se entreabrieron en aquella sonrisa amable que le caracterizaba.

—Le han informado mal, federal. Claro que todo depende del sentido que se les dé a las palabras. En las últimas semanas hemos contratado algunos hombres. Creo que usted sabe para qué clase de trabajo. No es fácil encontrar buenos submarinistas. Y nosotros los necesitamos.

—Desde luego.

—Bien —siguió diciendo el hombre de negocios—. Hablamos con Gribble para que nos pudiese hospedar a esos hombres hasta que les facilitásemos otro sitio mejor. Era lo convenido. Y a medida que les habilitábamos otra vivienda, aquí, más cerca del muelle y por tanto de su trabajo, se despedían de Gribble.

Todo aquello daba la sensación de ser absolutamente normal.

Pero Dick tenía la intuición de que no todo estaba claro. Porque los hechos continuaban en pie. La muerte del viejo, la desaparición de los ladrones, la del agente federal Trayler...

No obstante, Dick había estudiado a fondo la psicología de los hombres. Y estaba convencido de que Tamper le estaba hablando con absoluta sinceridad. A no ser que fuese un encomiable actor.

—El último hombre que tuvo en la casa de Gribble me interesa sobremanera. Un tal Ben.

Nueva sonrisa amplia, cordial por parte de Tamper. Luego, antes de responder, lo tomó por un brazo y lo llevó hasta el muelle, donde hacíanse los preparativos de salida en el yate «Albatros».

Tamper lo invitó a pasar a la cubierta. Luego llamó:

—Allyson.

El socio de Tamper apareció en la cubierta, emergiendo por la puerta que comunicaba con los camarotes.

Tamper se encargó de ponerlo al corriente de la petición del agente.

El socio de Tamper era algo mayor que él. Su rostro parecía tallado en granito, con grandes angulosidades, que le daban un aspecto original, una expresión de dureza. Una dureza que se

acrecentaba en sus pupilas de un color acerado.

Le invitaron a ver todo el yate.

La aguda mirada de Dick escudriñó bien todos los rincones del yate, sin encontrar nada sospechoso.

Todo allí parecía normal. Todo estaba en orden.

Tamper y Allyson lo llevaron al último compartimiento, donde guardaban todo el material propio del negocio que estaban desarrollando.

Había allí unos salvavidas, remos, potentes focos, armas submarinas y un par de equipos de hombres rana. Equipos de inmersión.

En un rincón llamó su atención un cajón rectangular, de buen tamaño. Capaz de contener en su interior a un hombre.

Lo miró con insistencia. Sintiendo una extraña aprensión a la vista de aquel raro cajón, que tenía todas las apariencias de un ataúd, aunque de forma un tanto convencional.

Se acercó lentamente a la caja. Luego levantó su sólida tapa.

En su interior había un traje clásico de buzo. Con su gran escafandra, la cuerda y el tubo para la respiración arrollado en el centro.

—¿También emplea esto para sus inmersiones? —pronunció el agente.

—No —se apresuró a decir Allyson—. Hace años que no se emplea. Verá, federal. Yo he sido buzo. Hace años. Éste fue mi último equipo de este sistema antiguo. Me gusta conservarlo como recuerdo. Pero es peligroso.

—Entiendo.

—Para trabajos pesados y largas permanencias en aguas frías, sigue siendo preferible. Pero no es ése nuestro caso, al menos por el momento. ¿Sabe? Si se produce un fallo en la bomba, pueden ocurrir dos cosas, una de ellas verdaderamente horrible. Si el buzo recibe más aire que el que necesita, se hincha y asciende verticalmente como un globo. Porque la presión interior de su traje y de su casco es superior a la exterior. Pero si la presión interior decrece por una falla en el suministro de aire o por una caída brusca del buzo, el casco actúa a modo de una enorme ventosa. Primero aspira la sangre y las partes blandas del cuerpo. Por último es succionado al interior del casco, no quedando más que un

esqueleto descarnado recubierto por el traje de caucho. Lo he presenciado alguna vez. Es horrible.

—Desde luego. Bien. ¿Continúa con ustedes el último huésped del viejo Gribble? Me refiero a ese hombre llamado Ben.

—Sí. Puede hablar con él ahora si es su deseo.

Lo llamaron a voz en grito.

Entró un hombre de rudo aspecto, de largas patillas y abundante barba, bastante grueso, como de unos treinta y cinco años de edad.

Dick denegó con un gesto.

—¡No es éste el hombre que busco! —reconoció—. Se trata de un tipo llamado Archie Ben.

Los dos socios se miraron con perplejidad, contestando al fin Tamper por los dos:

—No hemos visto a ese hombre por aquí. Puedo asegurárselo. Aunque quiero decirle que sí me resulta familiar su nombre. Lo he oído en alguna parte.

—En los periódicos —masculló Dick—. Robó un cuarto de millón de dólares. Bien. Que tengan suerte.

Abandonó el yate. Con un gesto de impotencia. Porque su intuición le decía que allí había algo muy sucio y siniestro. Algo que estaba sobrepasando los límites de lo humano, aunque carecía de una base firme para poder distinguirlo con exactitud.

V

DICK se puso en contacto con el inspector, que le confirmó el hecho de que la muerte de Gribble se debía a un crimen y no a un suicidio. Nada más que eso, que no aportaba nada nuevo para la solución del caso.

Poco antes de comer se dirigió hacia la playa cercana al muelle, donde un número reducido de bañistas se deleitaba con el sol, bastante tibio, que anunciaba la proximidad del otoño.

Vio a Clare Nolan junto a unas rocas, tendida sobre la arena, de cara al sol.

La joven parecía preocupada. Permanecía inmóvil, casi rígida, absorta en sus pensamientos.

Pero eso no restaba un ápice a sus encantos, que se realzaban de una manera notable con el «bikini» que llevaba.

Decidió ir junto a ella.

Apenas había iniciado su lenta marcha por la crujiente arena cuando fijó su atención en un tipo un tanto estrafalario, situado a pocos pasos de él.

Un hombre joven, de poblada barba y largas patillas, vestido con un pantaloncito de baño muy reducido y llevando una camisa de flores de chillones colores.

Se hallaba ante un caballete y procedía a plasmar un paisaje de la playa.

Junto a él, apoyados en una banqueta plegable había un par de cuadros ya terminados, uno de los cuales llamó poderosamente la atención del agente federal.

Se acercó a él.

No lo hacía mal del todo. Tenía buen dibujo, que alternaba con algunas pinceladas originales, dándole al cuadro un leve tinte

surrealista.

—Bonito cuadro —pronunció al llegar a su lado.

El joven lo saludó con un ademán. Luego respondió:

—¿De veras le gusta? Porque alguien me ha dicho esta misma mañana que le parece un horrible engendro. Y me inclino más a suponer que ese otro estaba en lo cierto.

—No me refería a ese paisaje que está pintando, sino a este otro cuadro —añadió Dick, tomando entre sus manos el primero apoyado en la banqueta plegable para observarlo más de cerca.

El joven había pintado con bastante fidelidad la silueta del «Albatros» amarrado junto al muelle. Y sobre éste, cuatro hombres transportando sobre sus hombros una caja grande, rectangular, parecida a un ataúd. Casi exacta a la que él había visto en el interior del yate de la compañía dedicada a la búsqueda de tesoros sumergidos.

—Conozco este yate —adujo el federal—. He estado en él. Y juraría que esta caja también la conozco. Parece un ataúd. Y en su conjunto un entierro.

—No era ni una cosa ni otra —sonrió el joven—. Se trataba de una caja. ¿Sabe, amigo? Lo plasmé todo tal como lo vi. Tracé el dibujo rápidamente y luego apliqué el color. Hace unos tres días. Me llamó la atención, porque era la segunda vez en pocas semanas que veía realizar esa misma operación con esa caja a los mismos hombres del yate. Pesaba mucho al parecer.

Dick sintió una súbita conmoción en su interior ante las últimas palabras del pintor.

Allyson le había manifestado que aquel traje de buzo lo guardaba como un recuerdo de sus tiempos pasados. Dick estaba seguro de que aquella caja que el pintor había visto llevando a los marineros del «Albatros» era la misma que él encontrara en el yate. Pero aquella escafandra y el traje de caucho no eran tan pesados como para que lo tuviesen que llevar entre cuatro hombres con esfuerzo.

Las ideas le bulleron en el cerebro.

Quizá en aquellas dos ocasiones observadas por el pintor, la caja no contenía el traje de buzo, sino un cuerpo humano. El de Archie Ben, para ser trasladado a Canadá. Y posteriormente el del agente federal Trayler, para ser sepultado en las aguas del lago.

El lago de la Muerte.

El lago Michigan había servido de sepultura a muchos hampones en los dorados tiempos del hampa, cuando Al Capone imponía su ley. Y quizá continuaba siendo sepultura para otros hombres.

Se acercó a Clare.

La joven lo miró al sentir sus pisadas. Y sus facciones dibujaron un gesto de inquietud, de preocupación.

—Hola, Clare. ¿No hay noticias de Archie?

—No seas cínico. ¿Tienes tú alguna noticia suya?

—No estoy muy seguro. Pero me inclino a suponer que estuvo una noche en la casa de Gribble. Supongo que sabes a quién me refiero.

—Ese pobre vejo que se ha suicidado, ¿no?

—Exacto. Aunque alguien quiere escamotear algo aquí.

—¿Qué quieres decir con eso, Dick? —inquirió, un tanto confusa.

—Ya te lo explicaré. Espero que sin tardar mucho. Aunque el rompecabezas está aún un poco enrevesado. De momento puedo adelantarte que Archie no va a presentarse ante ti para que huyáis juntos. Creo que se encuentra ya en Canadá. Me atrevería a jurarlo.

—¿Alguna noticia de Interpol? —sugirió ella.

—No. Aún no nos hemos puesto en contacto con Interpol. Pero tengo indicios de que Archie ha cruzado ya la frontera con el dinero. Dinero que portaba en un maletín.

Clare pensó en sus últimas palabras.

Y de pronto se sintió inclinada a las confidencias.

El hecho de que Archie fuese el autor de un importante robo y que la hubiese complicado en cierto modo a ella, la predisponía a sentirse desligada del compromiso que los unía.

Y la presencia de Dick, pese a todo, reavivaba viejos recuerdos, la hacía sentirse en franca duda respecto al sentimiento que la había unido a Ben.

En el fondo habían sido unas ansias de encontrar paz y protección para su agitado espíritu. Nada más que eso. Bien poco para confiar en un futuro.

Aunque Dick jamás supiese nada de eso.

—Quiero decirte algo, Dick —susurró.

Se había puesto seria de repente. Apoyándose sobre un codo

para mejor mirar al agente, situado junto a ella.

En ese instante percibieron un grito femenino, muy agudo. Un grito en el que parecía condensarse un pánico en ciernes, mezclado con una buena dosis de horror.

Miraron hacia la elevación del terreno que no les permitía ver a la mujer que había proferido aquel grito.

Varias personas más se apercebieron de ello, alertándose.

El grito volvió a elevarse.

Dick corrió hacia el lugar donde se había producido. Seguido de Clare y de algunas personas más.

Salvó ágilmente el obstáculo de tierra. Entonces pudo ver a la mujer que gritaba y también lo que motivaba su estado de extraño temor.

Sobre la arena de la pequeña ensenada que se formaba allí, de cara al límpido cielo, apoyado de forma rara sobre su botella de oxígeno, vio un hombre vestido con un equipo de hombre rana, de cuyo pecho sobresalía el largo arpón disparado por un fusil submarino.

Dick lo arrastró fuera del agua, que le llegaba hasta más arriba de los muslos y examinó la herida.

No se podía hacer nada por él. Era necesaria la intervención de un médico experto para sacar aquel arpón sin producir terribles desgarrones.

El hombre estaba inconsciente, pero respiraba aún, aunque muy débilmente.

—Pronto —gritó a los hombres que llegaban, atraídos también por los gritos de la mujer—. Avisen una ambulancia. Hay que llevar a este hombre al *Country Hospital*. Su corazón late aún, aunque no con mucha fuerza.

Alguien se encargó de avisar por teléfono.

La ambulancia llegó media hora más tarde, a toda velocidad, haciendo sonar su sirena, que ponía una nota electrizante en el escenario de la tragedia.

Mientras los dos camilleros cargaban su cuerpo en la ambulancia, Dick se volvió a la joven para decirle:

—Te buscaré después, Clare. Tengo la sospecha de que este hombre, de un modo u otro, guarda una estrecha relación con el caso que estoy averiguando.

—Te esperaré. No hay prisa en realidad.

Dick subió a la ambulancia tras mostrar a los enfermeros su placa de agente federal.

Arrancaron a buena velocidad, haciendo sonar nuevamente la sirena para franquearse el paso.

Se arrodilló junto al herido al sentirlo agitarse en la camilla y empezar a gemir levemente.

Le tomó una de sus manos, aplicándole la sencilla terapéutica de acariciarle con suavidad el dorso de la mano.

—Cálmese, amigo —susurró—. Está en buenas manos. Procure no moverse. Y tenga confianza. Todo saldrá bien.

—¿Dónde... dónde estoy? —musitó el hombre, abriendo los ojos pesadamente.

—En una ambulancia. Camino del *Country* Hospital. Pero no se mueva. Tiene clavado un arpón de pesca submarina.

El hombre miró el arpón que sobresalía de su pecho, muy cerca del corazón. Luego exhaló un gemido desesperación, de impotencia y temor al mismo tiempo.

—¿Qué le ha pasado? —Inquirió el agente—. ¿Quién le ha disparado ese arpón?

Se acentuó la intensa palidez del rostro del herido. Sus ojos se desorbitaron de pronto y sus facciones se demudaron en un gesto de terror.

—Es horrible —susurró con voz débil—. El lago... Es horrible.

—¿Qué es horrible, amigo? —apremió Dick—. ¿Qué ha visto en el lago?

Los labios del hombre se abrieron para responder. Pero las fuerzas le fallaron de súbito. Cerró los ojos, ladeó la cabeza y volvió a sumirse en la inconsciencia.

Llegaron al hospital sin que recobrase el conocimiento.

Dick habló con el médico que hizo el primer examen, cuando llevaban al herido al quirófano.

—¿Cómo lo encuentra, doc? —indagó.

—Muy grave. Será un milagro si vive. Pero hay que intentarlo. Es necesario someterlo a una intervención quirúrgica. Eso nos llevará una hora larga.

—¿Cuándo podrá hablar?

—Suponiendo que consigamos salvarlo, no antes de doce horas.

Dick se puso en contacto por teléfono con el inspector, comunicándole lo ocurrido y también sus sospechas acerca de los motivos de la herida recibida por aquel hombre mientras practicaba la pesca submarina en el lago Michigan. En el lago de la Muerte, según la expresión del negro Tom Bitcher.

—Escuche, inspector. Averigüe todo cuanto pueda acerca de los dueños de la

«Tamper & Allyson»,

una compañía buscadora de tesoros sumergidos. Regreso al lugar donde Archie y los otros fueron vistos por última vez.

—De acuerdo, Dick. Ten precaución. Creo que estamos ante gente de verdadero cuidado.

—Es la idea que me había forjado desde el principio.

El agente realizó algunos trámites en la Seccional.

A continuación partió en un taxi, hasta el motel, donde bebió un *whisky* y comió un bocadillo.

Acto seguido se duchó con agua tibia y se cambió de ropa.

Se dio cuenta de que el «Albatros» no había regresado aún al muelle.

Abandonó su apartamento sencillo del motel y fue a su coche para acudir a la cita concertada con Clare.

Apenas había conectado el encendido, cuando el empleado de la cafetería del motel salió apresuradamente, haciéndole señas para que se detuviese.

—Un momento, señor Carradine. Lo llaman al teléfono.

Era el inspector.

—Tengo noticias para ti, Dick —dijo, tras de identificarse ambos—. Malas, por supuesto. El herido por el arpón se llamaba Arnold Buchinan. Un hombre vulgar y corriente, gran aficionado a la pesca submarina. Ha muerto sin salir del quirófano, Dick. Y sin poder hablar nada. Se lleva su secreto a la tumba, como el viejo Gribble.

—¡Ya! —exclamó—. La suerte no nos parece propicia.

—Bueno, Dick. Opino, como Shakespeare, que la suerte no se debe a nuestra buena o mala estrella, sino a nosotros mismos. Persevera y triunfarás. Tengo algo más para ti.

—¿Referente a nuestros amigos buscadores de tesoros mojados? —preguntó.

—Exacto. Tamper es un viejo actor de teatro. Un hombre que ha

interpretado los más diversos papeles con cierto éxito, sobre todo gracias a su extraordinaria habilidad para caracterizarse. Sin antecedentes. Salvo un caso extraño. Estuvo casado con la primera actriz de la compañía teatral en la que trabajaba. Un día, un atracador quiso robar la recaudación de la taquilla al final de la última representación. Hubo jaleo y una bala perdida del ladrón alcanzó a su esposa y falleció.

—Entendido. ¿Qué me dice de Allyson?

—Un tipo de cuidado. Dos veces detenido por robo, sospechas de participación en un atraco a mano armada y presunto homicida. Esto no pudo probarse. Pero las sospechas indican que estuvo complicado en la muerte de un corredor de apuestas.

Se despidió.

Al abandonar la cabina, Dick manoteó al aire con gesto de impotencia.

El círculo iba cerrándose lentamente en torno a la solución de aquel maldito enigma. Pero de una manera tan lenta que le desesperaba.

Accionó el volante para salir a la carretera.

De súbito aplicó los frenos, cuando apenas había iniciado el vehículo su marcha.

Una idea se fijó en su mente con insistencia. Una idea que, de resultar bien, podía facilitarle mucho las cosas.

No vaciló lo más mínimo.

Clare podía esperar por el momento. En verdad que no concedía demasiada importancia a lo que la joven pudiera decirle. Incluso era posible que no se relacionase de una manera directa con el caso.

Rodó hasta la casa del viejo Gribble.

Tom Bitcher estaba allí, sentado en los escalones del sencillo porche de madera, reparando una red.

—Hola, Tom —lo saludó.

—Hola, federal. Digo, Dick. ¿Quiere algo especial de mí?

—Desde luego. ¿Cómo lo ha adivinado?

Se amplió la sonrisa franca del negro.

—No he adivinado nada. Le he dicho eso como podía haberle dicho otra cosa. No tengo nada de adivino. En confianza, Dick. Hay veces que ni siquiera entiendo lo que estoy viendo. Conque como para adivinar nada.

—Escuche, Tom —habló el joven—. ¿Podría proporcionarme un equipo de inmersión para esta noche? Un equipo de inmersión y una barca.

—Claro que puedo. La mía está a su entera disposición. Yo lo llevaré adonde me diga. Sé que busca a los asesinos de Gribble. Conque no le cobraré por este servicio.

—Otra cosa más.

—Diga lo que sea. Soy todo oídos.

—Trate de localizar el punto exacto donde el «Albatros» de la «Tamper & Allyson» realiza su búsqueda. Más o menos. Pero procure que sus tripulantes no se aperciban de ello.

El negro abandonó la red y se levantó con presteza.

—El «Albatros» no se aleja mucho de la orilla, Dick. Conque antes de un par de horas estaré de regreso con todo. El informe y el equipo de hombre rana. Espere aquí si quiere.

VI

TOM Bitcher regresó antes del tiempo fijado como plazo.

Llamó a Dick y lo llevó hasta una reducida caleta, donde había dejado amarrada la lancha, pequeña, frágil, con un motor fuera de borda.

—Vaya —exclamó el agente—. Creía que eran pescadores. Pero con este cascarón no habrán podido pescar nunca gran cosa.

—Es suficiente cuando no se tienen grandes ambiciones.

El negro había llevado dos equipos de inmersión.

—Descenderé con usted, Dick. Quizá nos espere una sorpresa.

—¿Ya ha localizado el lugar aproximado donde esos hombres buscan su tesoro?

—Desde luego. Aunque suele abarcar un amplio radio. Pero, más o menos, podremos saber lo que usted desea.

Dick invitó al negro a comer un bocado en el motel. Lo que le valió una mirada de reprimenda del dueño, al que no parecían agradarle los hombres de color.

Observaron el regreso del «Albatros» a la caída de la noche. Desde lejos.

Entonces se encaminaron hacia la caleta y embarcaron en la lancha.

Bitcher puso el motor en marcha, soltó las amarras y empezaron a alejarse hacia un punto determinado del lago.

Apenas soplaba viento, la temperatura era agradable y la superficie del Michigan se mantenía en calma, con escaso oleaje.

Se alejaron de la costa.

—Llegaremos pronto —adujo el negro—. Ya le he dicho que no se alejan nunca demasiado de la costa. Algunas veces se les puede ver desde la orilla.

Dick prestó atención de pronto al percibir un sonido que llegaba hasta ellos de un modo continuo, un ronroneo que se elevaba sobre el producido por el pequeño motor de la lancha de Bitcher.

A lo lejos brillaban las luces en las casas y los letreros luminosos de los establecimientos comerciales diseminados por la orilla del lago.

Bitcher también captó el sonido. Y prestó atención.

—Es una motora —dijo—. Potente.

Divisaron su silueta unos momentos más tarde.

Una silueta esbelta, de aguzada proa.

La canoa automóvil cortaba las aguas a una velocidad cuatro veces superior a la que podía desarrollar la barca del negro. Y tras unas leves vacilaciones del hombre que la conducía, al que no podían ver en la oscuridad, enfiló rectamente hacia ellos.

—¡Demonios! —exclamó Bitcher—. ¿Es que esos tipos no nos han visto? Creía que los locos andaban sueltos sólo por las carreteras. Pero parece que están en todas partes.

Se puso en pie, agitando los brazos y gritando:

—¡Eh! Más cuidado, idiotas. ¿Es que quieren llevarnos por delante?

Dick le apoyó una mano en el brazo.

La verdad se había abierto paso en su mente. Comprendía perfectamente el porqué de aquella maniobra de la canoa automóvil.

—Es eso lo que buscan, Bitcher —dijo con serenidad—. Van a abordarnos violentamente. Prepárese para saltar.

El negro lo miró con estupor. Luego maldijo sordamente.

—Deben ser los mismos hombres que ahorcaron a Gribble, ¿no? —masculló.

—Exacto, amigo. No les agrada la idea de que descubramos algunas cosas.

El negro adelantó amenazadoramente su puño hacia la canoa cuando ya la tenían materialmente encima.

—¡Salte! —le gritó el agente, disponiéndose a lanzarse lejos antes que se produjese la colisión.

Saltaron uno hacia cada lado, con el máximo impulso.

El choque fue espectacular.

La proa de la canoa hendió por el centro la barca de Bitcher

partiéndola en dos y lanzando al aire un montón de tablas quebradas, de astillas y piezas metálicas.

Dick percibió el estrépito del golpe cuando empezaba a zambullirse en las aguas del lago.

Salió a flote y aspiró a pleno pulmón, divisando algunos restos de la frágil barca flotando sobre las tenues ondas de la superficie del Michigan.

También vio a su compañero, nadando unas cuantas yardas más allá.

—Dick —lo oyó gritar.

—Estoy aquí, Bitcher —respondió, agitando su diestra.

El negro nadó ágilmente hasta situarse a su lado.

Se percataron de que la canoa describía un círculo cerrado, encendiendo el potente foco de proa.

Pronto quedaron enmarcados dentro del haz de luz que proyectaban sus enemigos.

La canoa volvió a dirigirse rectamente hacia ellos.

—Cuidado, Dick —musitó el negro—. Van a tratar de completar su obra. Intentan deshacernos la cabeza con la canoa.

Ambos se sumergieron profundamente cuando la canoa se aproximó a ellos.

Sintieron el paso de la misma y entonces volvieron a emerger.

Otra vez efectuaron el mismo intento, con el mismo resultado.

Cuando volvieron a asomar sus cabezas sobre las aguas para respirar, se dieron cuenta de que la canoa había cortado el encendido del motor y estaba deteniéndose muy cerca de ellos.

—Creo que van a disparar contra nosotros —masculló Dick—. Cuidado, amigo.

Captaron el seco sonido de un rifle, provisto de silenciador, como la tos seca de un asmático.

La bala se hundió en las aguas, peligrosamente cerca, con un leve siseo.

Volvieron a nadar entre dos aguas, alejándose de allí, emergiendo el tiempo justo para tomar aire y desapareciendo bajo las ondas a continuación para avanzar otras cuantas yardas más.

Unos minutos más tarde, la canoa volvió a ser puesta en marcha y se alejó de allí en dirección Noroeste, desistiendo sus tripulantes de acabar con ellos.

Entonces empezaron a nadar hacia la orilla, cuyas luces les infundían nuevos ánimos a cada brazada. Bitcher era un nadador extraordinario. Podía haber sacado una gran ventaja al agente federal. Pero se mantuvo en todo momento junto a él, mirándolo de soslayo de cuando en cuando para cerciorarse de su resistencia.

—¿Cómo va eso, Dick? —le preguntó cuándo ya habían rebasado la mitad de su recorrido.

—Bastante bien, Bitcher.

—Bueno. Hay veces en que es conveniente guardarse el orgullo en el bolsillo y admitir a los demás. Si siente que se agota, avíseme. Le ayudaré.

—De acuerdo, compañero.

Alcanzaron al fin la orilla, donde se tendieron ambos, con la respiración jadeante y los miembros algo agarrotados, sobre todo por parte de Dick Carradine.

—¿Se encuentra bien, Dick? —le preguntó el negro.

—Bueno. Me siento como si hubiese atravesado a nadó todo el Atlántico.

—Se le pasará esa sensación con un buen café y una noche de descanso. Vayamos a casa. Está más cerca que el motel. Y no debe presentarse allí chorreando agua por todas partes.

Caminaron pesadamente hasta la casa del viejo Gribble.

Dick sacó el cargador de su pistola, envolviendo el arma en unos trapos ligeramente humedecidos de grasa para evitar su oxidación.

Luego se cambió de ropa, poniéndose algunas prendas que pertenecían a Bitcher y que le daban un ridículo aspecto. Unas prendas burdas, estropeadas y bastante estrechas y cortas para su talla.

Bebieron café caliente, con unas gotas de *whisky*.

—Bien —adujo Dick al terminar—. Me retiro ahora, amigo. Y debe tener cuidado. Quizá esos tipos lo tomen como blanco por haberme prestado su ayuda. Aunque no sabe nada en concreto, deben estar enfurecidos contra usted.

—Me cuidaré. Descuide.

Lo acompañó hasta la salida.

Dick y Bitcher caminaron despacio hacia el lugar donde estaba el coche del agente.

Dick empuñó la manecilla para abrir y pasar a su interior.

Se paralizaron al producirse de súbito un fuerte chasquido. Junto a ellos.

El agente se percató de lo ocurrido en una fracción de segundo. Con aquella rapidez de reflejos exigida a quienes iban a formar parte de la Policía federal.

Una bala disparada desde el otro lado de la casa acababa de atravesar la ventanilla, produciendo un limpio agujero de bordes astillados.

Empujó a Bitcher al suelo, justo en el momento en que otra bala deshacía el astillado cristal de la ventanilla, después de haber atravesado el espacio ocupado esa fracción de segundo antes por Dick Carradine.

Detrás de la casa, el terreno era accidentado, cubierto de setos, de árboles y matorrales.

El negro se hurgó en el bolsillo del pantalón y salió un viejo revólver de cañón corto, que ofreció a su compañero.

Dick se lo agradeció con un gesto expresivo.

Empuñó el arma y corrió hasta la esquina de la casa, lanzándose como impulsado por una catapulta.

Un nuevo balazo arrancó un pegote de yeso de la esquina, lanzando al rostro de Dick un chorrito de polvo.

Disparaban con rifle provisto de silenciador y eso dificultaba la localización del tirador.

El agente se lanzó hacia adelante, tendiéndose en el suelo al otro lado de unos setos.

Apretó el gatillo por dos veces consecutivas, quebrando el silencio del paraje.

Le pareció percibir ruido de pasos más adelante, a varias yardas de distancia.

Esperó antes de volver a avanzar con precaución.

Pero esta vez no pudo captar ya el silbido de las balas.

Se puso en pie. Hasta convencerse de que el agresor había abandonado el campo, dando por fracasada su misión. Debía temer que el estampido del revólver del agente atrajese la atención de algún coche patrullero y pudieran cortar la retirada.

Dick examinó un amplio terreno, sin descubrir nada.

Entonces regresó junto a Bitcher.

—Venga conmigo, Bitcher —le invitó—. Pasaremos la noche en

el motel. No confío en dejarlo solo aquí esta noche. Las cosas están un poco complicadas.

—Pero...

—No hay pero que valga. Es una orden. No se resista.

Pasaron la noche en la habitación de Dick, compartiendo juntos la misma cama.

Se levantaron a media mañana.

Cuando Dick se disponía a meterse bajo la ducha, el negro le tendió su diestra.

—Yo me largo ya, Dick. No creo que haya peligro para mí a la luz del día. Y sabré cuidarme.

El agente estrechó la diestra que el otro le tendía con un gesto ligeramente emocionado.

—¿Sabe? —dijo de pronto—. Es usted como el viejo Gribble. Un gran hombre. Sin discriminaciones. Hombres que siguen su propio criterio, sin dejarse masificar jamás.

Dick sonrió con aquel gesto amargo que le era peculiar.

—Una vez me dejé llevar por la discriminación, Bitcher.

—¿Es cierto eso? Porque me cuesta creerlo.

—Es la verdad, muchacho. Desprecié a la mujer que amaba por temor a perder la herencia de mi padre. Es como una espina, que siempre llevaré clavada.

Bitcher le palmoteo el brazo en un gesto amistoso.

—Un hombre que sigue el camino que usted ha emprendido, puede arrancarse toda clase de espinas que lleve clavadas.

Repiqueó el timbre del teléfono mientras Bitcher se alejaba.

El agente lo levantó, inquirendo quién era.

—¿Es el agente federal Dick Carradine? —preguntó una voz trémula, excitada.

—El mismo. ¿Quién es usted?

—Soy Ben. El submarinista de la «Tamper & Allyson».

Usted me vio ayer en el «Albatros».

—Lo recuerdo. ¿Desea algo especial de mí?

—Sí. Quiero hablar con usted.

Era fácil darse cuenta a través de su tono que aquel hombre estaba asustado, nervioso, presa de una excitación inaudita.

—Bien, amigo. Puede usted decirme lo que sea. Le escucho.

—No por teléfono, federal. Es algo muy importante. Prefiero hablar con usted en privado. Tengo una habitación en la casa del viejo Blander. A un par de millas del muelle, carretera adelante. Venga aquí cuanto antes. Estaré esperándole detrás de la casa. Es mejor que nadie nos vea hablar. Esto podría costarme caro.

—De acuerdo, Ben. Estaré pronto ahí.

Colgó al sonar el clic metálico que indicaba que el submarinista había cortado la comunicación. Meditó en aquello.

Podía ser cierto que aquel hombre quisiera hablar con él para comunicarle algo importante. Pero también podía tratarse de una trampa. Una trampa preparada para cazarlo.

Era lógico pensar en eso después de lo ocurrido la noche anterior en el lago y en la casa de Gribble.

Examinó su pistola.

Estaba en perfectas condiciones. La cargó y la introduje en su funda axilar.

Luego se acercó al muelle.

Todo parecía allí normal. Los hombres de la «Tamper & Allyson»

se estaban preparando, como todos los días, para emprender la marcha. Como si fuesen la gente más inocente del mundo. Aunque no podía negarse que, en apariencia, lo eran.

No podía negar que todo se basaba en una simple hipótesis, creada ante la visión del cuadro ejecutado por aquel pintor mediocre. Eso le había hecho suponer que aquella caja había llevado en su interior algún cuerpo humano en lugar de la vieja escafandra y el traje de caucho de buzo. Eso y el hecho de que hubiesen tratado de liquidarlo antes que efectuase su inspección submarina.

Vio a Bitcher, rondando cerca del muelle.

El negro se le acercó al verlo a su vez y lo acompañó hasta el coche.

—Esta gente parece muy tranquila —comentó el negro—. Los he estado observando sin que se diesen cuenta. Sólo uno de sus hombres no ha acudido hoy al trabajo. Un tipo llamado Ben. Ha llamado para comunicar que se siente enfermo.

—Buen informe, Bitcher. Haría usted un buen policía. Tiene madera.

—Bueno —sonrió el negro—. Quizá haya descubierto mi vocación demasiado tarde. Escuche, Dick. Dentro de un par de noches podré proporcionarle otra canoa y equipos de inmersión. Volveremos a hacer esa excursión bajo el agua. Pero con más tiento. Aunque también podía encargarse de ese trabajo la propia Policía, sin tanto sigilo.

—Ya se quitará esa espina —dijo—. Dick denegó con un gesto.

—Debemos hacerlo así, Bitcher. Creo que encontraremos algo. Y hemos de hallarlo antes que lo oculten más, pero sin ruido. Un alarde de fuerzas podría ahora espantar la caza. De forma que es conveniente obrar con extrema prudencia. Y nadie debe saber nada.

Bitcher se oprimió los labios, con las puntas de los dedos antes de responder:

—Seré sordo y mudo como una tumba.

VII

DICK aflojó el acelerador al acercarse al lugar donde se erigía la sencilla casa del viejo Blander.

Se detuvo ante ella, siguiendo las indicaciones que Bitcher le había facilitado al respecto.

Era una casa de aspecto tan sórdido como la de Gribble. Dos chalets de buen aspecto se hallaban edificadas ante ella, dejando un callejón entre ambos para permitir el paso.

Era de una sola planta, si bien bastante más espaciosa que la del antiguo pescador.

Dick aparcó fuera de la suave cuneta.

Luego se apeó, atravesó el callejón y rodeó la vieja casa, encaminándose al lugar donde Ben le había citado.

Detrás de la casa se alzaba un promontorio de tierra de una altura que casi rebasaba la techumbre de la vivienda, pero de suave pendiente por ese lado.

Un promontorio cubierto de matorrales, hierbas y setos. Y también de detritus, latas viejas y toda clase de desperdicios e inmundicias, que debían arrojar allí desde las viviendas más próximas.

Ascendió hasta la cima del alargado promontorio, cuya cumbre era achatada, de unas cuatro yardas de extensión, para terminar en algunas partes en pendiente y, en otras, en una pared que parecía cortada a pico.

Paseó su mirada por todos los ámbitos del paisaje, cerrado más adelante por los árboles, bastante tupidos.

Atisbo con cierta precaución. Alertado al no divisar la silueta del submarinista.

Sintió una leve conmoción al verlo de pronto. Unas yardas más

allá, tendido en el suelo, boca abajo, con las piernas encogidas de un modo inverosímil bajo su cuerpo.

Se apresuró a llegar a su lado.

Estaba muerto. Una muerte reciente.

Lo examinó con más detenimiento.

El cuerpo de Ben se hallaba al pie de una de las partes cortadas a pico del promontorio.

Arriba, en el mismo borde, algunas piedras pequeñas y un montón de tierra habíanse desprendido, como si el hombre hubiese caído desde allí, al fallar el suelo bajo sus pies.

Su cabeza estaba junto a una roca grande, de extrañas aristas. Y su cráneo destrozado, como si al caer hubiese golpeado contra una de aquellas esquinas de la roca.

Dick se irguió en toda su estatura, oprimiendo sus labios hasta formar una fina línea.

Todo estaba preparado de forma que pareciese un accidente casual. Muy bien preparado.

Alguien había vertido *whisky* en las ropas del muerto, que trascendían de olor a licor. Y era seguro que al hacerle la autopsia se encontrase también en su estómago una buena cantidad de *whisky*.

No era extraño que un hombre saturado de licor se acercase demasiado al borde y se precipitase abajo. Ni que su cabeza se destrozase contra la roca.

Pero Dick Carradine sabía que las cosas habían sido de otra manera. Sabía que lo habían asesinado, partiéndole el cráneo con la mayor sangre fría y preparando después las cosas para simular un accidente.

Dos conclusiones sacó de aquel hecho.

La primera: que iba a serle muy difícil encontrar huellas que le permitiesen encontrar al criminal y poder acusarlo de aquel crimen.

La segunda: que aquellos hombres obraban muy deprisa, sin dejar ningún cabo suelto. Eran criminales de cuidado, muy peligrosos, carentes en absoluto de escrúpulos.

El paraje estaba solitario, desierto. Y silencioso. Sólo el ruido de algún coche al cruzar la carretera turbaba aquel silencio, que parecía de tumba.

Dick caminó lentamente hacia la casita en la que el desgraciado

Ben había habitado.

Golpeó en la puerta con los nudillos.

Adentro se elevó una voz ligeramente ronca:

—Adelante. La puerta está siempre abierta.

Entró.

Su mirada recorrió la endeble silueta del viejo Blander, el dueño de la casa.

Un hombre de edad avanzada, de rostro muy arrugado, casi enteramente calvo, de barba rala y labios ligeramente torcidos. Sus espaldas eran encorvadas, sin duda por el peso de los años. Y permanecía sentado en un sillón de ruedas, al que la parálisis de sus piernas lo había condenado por el resto de sus días.

—Buenos días, amigo —saludó con jovial amabilidad—. Usted debe ser la visita que esperaba Ben, ¿no es así, amigo?

—Exacto —respondió el agente.

—Bien. Puede encontrar a Ben ahí detrás, en el promontorio. Me dijo que lo enviase allí cuando llegase, si llamaba aquí primero.

Dick se acercó al viejo con pasos lentos.

—He visto a Ben ya —pronunció—. Está muerto.

—¿Que Ben está...?

El viejo cortó en seco su frase para mirarlo boquiabierto, sin dar crédito a lo que estaba oyendo.

—No puede ser —musitó luego—. Es un hombre fuerte. Estuvo aquí conmigo hasta hace pocos minutos. Luego...

—No piense más en eso, Blander. Ya es inútil. La muerte de Ben es un hecho. No sirve pensar en su fortaleza ni en otras cosas que pudiera tener. La muerte acaba con todo.

El viejo paralítico abatió la cabeza después de mirar con fijeza al agente con sus ojos de acusado color castaño.

—Era un buen compañero para mí —susurró con pesadumbre—. Muy bueno. Tenía mucha paciencia con este viejo inútil. ¿Cómo le ha pasado eso?

—Parece que se cayó al otro lado del promontorio, quebrándose el cráneo contra una roca. Dígame una cosa. ¿Sabe si Ben abusaba del licor?

El viejo hizo un gesto ambiguo con la diestra antes de responder:

—Tenía ese defecto, desde luego. Pero era pacífico. No bebía de continuo. Pero cuando lo hacía terminaba por saturarse. Y nunca le

producía el alcohol un mal efecto. Ni se envalentonaba o se volvía pendenciero e irascible. Al contrario. Cuando volvía borracho, me contaba chistes y bromeaba de continuo.

—¿Lo vio beber esta mañana?

—Sí. Bastante. Pero no estaba de humor, como otras veces. Se mostró serio, nervioso... Estaba muy preocupado.

—Bien. Soy agente federal. Quisiera registrar la habitación de Ben. Parece que quería confiarme algo importante.

El paralítico le señaló una puerta que se abría a la derecha del sencillo «*hall*». Luego secó de un manotazo las dos rebeldes lágrimas que habían aparecido en sus pupilas.

—Soy un imbécil sentimental —pronunció con voz quebrada, que evidenciaba un profundo dolor—. Ese hombre llevaba poco tiempo aquí. Y estoy sintiendo su muerte como la de un amigo de toda la vida.

—La amistad se manifiesta de muchas formas, Blander —repuso el agente federal—. Unas veces tarda en asimilarse y otras se muestra espontánea. Dígame una cosa. ¿No ha oído desde aquí un grito de muerte, ruido de lucha o algo así?

El paralítico denegó con un gesto suave, pero enérgico.

—Nada. No he oído nada. ¿Quiere decir que Ben ha luchado contra alguien?

—Es sólo una hipótesis.

Entró en la habitación del muerto.

Era un cuartucho sin demasiadas comodidades. Una cama decente, un par de sillas, un armario ropero en buen uso y una mesilla.

Las ropas de la cama aparecían revueltas. Y todo lo demás en orden.

Dick registró todas las ropas y los cajones.

Cuando lo estaba haciendo, sintió tras de sí el suave deslizarse de las ruedas de la silla de Blander.

Se volvió a mirarlo.

El viejo se detuvo en el umbral. Mirándolo de un modo raro. Casi con hostilidad, con desconfianza. Y también con temor al mismo tiempo.

Dick creyó entender los sentimientos del hombre en esa ocasión.

Consideraba lo que estaba haciendo como una especie de

profanación. Ben acababa de morir, y todo aquello, todas sus cosas íntimas, debían respetarse.

El agente abrió la puerta del armario, de forma que ocultase todos sus movimientos a los ojos del paralítico, que retrocedió, dejándolo solo.

Su frente se frunció en diminutas arrugas al encontrar en un bolsillo de una americana una cartera que contenía documentos personales y dos billetes de mil dólares.

Los contempló en silencio durante largo rato, absorto en sus pensamientos.

Los guardó en un bolsillo y se puso en contacto con la Seccional, para que el inspector avisase al juez, al fiscal y al forense, y acudiese también allí. Pero debía buscarlo en el motel. Quería hablar a solas con él.

Se retiró seguidamente tras advertir al viejo de la llegada de la Policía y la representación judicial.

Necesitaba estar a solas, pensar con libertad en todo aquello, buscar el modo de poder llegar al fondo del asunto, que continuaba mostrándose en su mente como un rompecabezas, del que le faltaban varias piezas para formar un todo coherente.

Acudió al motel, sentóse en una mesa apartada y pidió *whisky*.

Sintió el paso del coche de la Policía, que acudía con la ambulancia al lugar del suceso.

Permaneció ensimismado, repasando un detalle cuya importancia no alcanzaba a concretar.

Había algo en el viejo paralítico Blander que le resultaba vagamente familiar. Como si lo hubiese visto en alguna otra parte anteriormente.

Era algo indefinido, casi instintivo.

Sin embargo, sabía positivamente que jamás se habían encontrado antes.

Media hora más tarde entró en el motel el inspector.

Sentóse frente a él y pidió otro *whisky*, observando en silencio la expresión peculiar de su agente.

—¿Qué opinas de ese hombre, Dick? —preguntó de pronto.

—Ha sido asesinado, inspector —respondió.

El inspector federal hizo un gesto ambiguo con los hombros antes de agregar:

—Es posible. Aunque las apariencias parecen evidenciar que se trata de un simple accidente. El fiscal y el juez son de esa opinión. Incluso el forense tiene esa primera impresión. El *whisky* ingerido, la caída, el golpe contra la piedra...

—Comprendo —musitó el joven—. Pero las apariencias engañan.

—Desde luego.

Dick sacó los dos billetes encontrados en la ropa del muerto y los entregó a su superior, diciendo:

—En la Seccional hay una lista facilitada por el banquero, con todas las series y los números de los billetes robados por Archie Ben. Estos billetes estaban en posesión de ese desgraciado. Compruebe si pertenecen al botín de Archie.

El inspector los examinó con cierto distraimiento.

—¿Una corazonada, Dick?

—Más o menos. Compruébelo. Ahora. Llame por teléfono y comunique las series y los números de estos dos billetes. Es importante. Quiero tener la confirmación de que mis sospechas van por buen camino.

El inspector federal se levantó y salió, para meterse en la cabina telefónica.

Estuvo de regreso junto a Dick quince minutos más tarde.

Le enseñó los billetes antes de guardárselos y comentar:

—Estabas en lo cierto, Dick. Estos dos billetes pertenecen al botín de Archie Ben. ¿Quieres que efectuemos un registro en las pertenencias de todos los hombres de esa compañía buscadora de tesoros? Estoy seguro que hallaremos en su poder alguno más como éstos.

—No, inspector —denegó el joven—. Sería contraproducente. ¿De qué podríamos culparlos? ¿De haber conducido al Canadá a un hombre buscado por la Ley en los Estados Unidos? Un abogado picapleitos podría dejarlos en libertad inmediata. Les bastaría declarar que ignoraban los antecedentes de Archie Ben. Y todo se vendría abajo. No olvide que Trayler ha desaparecido. Estoy seguro de que ha muerto a sus manos. Como Gribble y Ben. Y es eso lo que hay que cargarles. Es suficiente saber que sigo la buena pista. Pero hay que proceder con cautela para no espantar la pesca. Pesca mayor, inspector.

—Cierto, muchacho. Hay que recordar siempre que lo que los jurados quieren son pruebas tangibles, nunca meras conjeturas. ¿Crees que en todo esto están metidos hasta los ojos Tamper y Allyson?

—¿Qué otra cosa puedo creer? —Manifestó el joven.

—Bueno. Quizá Tamper ignore muchas cosas. Hemos averiguado algo más de su pasado. Fue un hombre intachable. A raíz de la muerte de su esposa, sufrió una fuerte depresión nerviosa, que obligó a internarlo en un sanatorio mental. Todos los informes lo señalan como un hombre honrado.

—Entiendo —afirmó Dick—. Y es cierto que lo parece. Yo también he pensado eso. Pero no conviene olvidar que las apariencias engañan. Nuestro Código dice que todas las personas son honradas mientras no pueda demostrarse lo contrario. Yo lo interpreto al contrario. Que todas las personas son sospechosas de falta de honradez, mientras con su ejemplo no demuestren lo contrario. Y podría darle muchos ejemplos sobre esto a costa de muchos de nuestros más dilectos conciudadanos.

El inspector esbozó una tenue sonrisa.

—Comprendo lo que quieres decir, Dick —pronunció—. Y tienes razón. Pero las leyes dicen eso y tenemos que acatarlas. No olvides nunca que esas leyes han sido escritas precisamente por esas personas intachables, de las que tienes tan mala opinión. Y yo también tengo presente lo de las apariencias. ¿Sabes? Tamper hizo algún dinero al frente de su compañía teatral. Él ha aportado todo el capital para los trabajos de Allyson. Conque es muy posible que Allyson emplee esa compañía como pantalla para trasladar a esos delincuentes al Canadá por un buen corretaje. Seguro que les da más ganancia que la búsqueda de tesoros hipotéticos.

—Sí —masculló Dick—. Tamper sólo realiza trabajos burocráticos.

Dick hizo una breve pausa, antes de inquirir:

—¿Qué le ha parecido el paralítico Blander?

Se dio cuenta que el inspector lo envolvía en una mirada un tanto suspicaz antes de argüir:

—¿Qué paralítico, Dick? En la casa no había nadie cuando llegamos. Sólo vimos su sillón con ruedas. Pero ni señal de ese hombre.

El cuerpo de Dick se puso tenso. Y no adujo nada más.

Se despidió brevemente del inspector, que emprendió viaje hacia el corazón de Chicago poco después.

Su pensamiento estaba puesto en aquel hombre desvalido, incapaz de poder defenderse, que había desaparecido al parecer misteriosamente en un corto espacio de tiempo.

Eso indicaba que sus enemigos estaban al acecho. Y que continuaban obrando con desconcertante rapidez en aquel maldito asunto.

Se recriminó por haberlo dejado solo. Porque quizá el viejo había oído algo, aunque habíalo negado, y estaba corriendo un serio peligro. Un peligro de muerte.

Volvió a la casa. Pero no pudo hallar rastro del viejo paralítico. Como si se hubiese esfumado en el aire.

VIII

DICK comió en el mismo hotel, con mal apetito.

Los últimos acontecimientos pesaban en su ánimo.

Al acabar, volvió al coche y rodó hacia la casita de Clare Nolan, dispuesto a escuchar lo que la joven tenía que decirle.

Mientras el agente federal recorría la distancia que le separaba de su inmediato objetivo, Clare acudió al «*hall*» al sentir sonar el timbre del teléfono instalado sobre la mesita de centro.

—¿Hola? —inquirió.

Sonó una voz masculina, deformada por el micro.

—Clare. Soy Archie, cariño. Te sorprenderá que haya tardado tanto en ponerme en contacto contigo, pero me ha sido imposible hacerlo antes.

La joven permaneció inmóvil, con el auricular pegado al oído, aturdida ante el hecho.

—Clare —volvió a pronunciar la voz—. No me digas nada, amor. Imagino lo que estás pensando, lo que motiva tu silencio. Pero no me digas nada ahora. Quiero hablar contigo a solas. Escucha bien. Dispongo de poco tiempo y estoy corriendo peligro. Esta noche, a medianoche más o menos, acude a la playa Balton. Allí te explicaré. Es mucho lo que tenemos que hablar los dos juntos. Juntos y a solas. Antes, cerciórte de que nadie sigue tus pasos. Te necesito, Clare. Más que nunca. Y te amo.

Clare sintió una súbita compasión por aquel hombre que se había lanzado de súbito por la senda de la delincuencia, dejando de lado todos sus principios.

—Pero...

Sintió la llegada de un coche mientras Archie hablaba. Y cuando empezó a responder, los golpes propinados en la puerta.

—Adelante, Clare. Dime lo que sea. Pero no permanezcas en silencio. Lo más trágico para mí sería que no tuvieras nada que decirme. Aunque sea en reproche. Al menos significaría que aún supongo algo para ti.

—Han llamado a la puerta. Espera un momento, Archie.

Atisbó a través de los visillos con disimulo, reconociendo a Dick en el hombre que llamaba.

Corrió nuevamente al teléfono.

—¿Archie? —habló.

—Dime, cariño.

—Es Dick Carradine. Un agente federal. Será mejor que cortemos la comunicación.

—De acuerdo, Clare. Creo que podré volver a comunicarme contigo antes de la medianoche. Pero si no fuera así, recuerda mis instrucciones. Ten mucho cuidado con lo que dices.

Clare fue a decirle que había tomado una decisión súbita. Una decisión de la que no iba a arrepentirse.

Pero Archie colgó el teléfono antes que pudiera hacerlo.

Hizo un gesto de desagrado antes de depositar el teléfono sobre la horquilla y acudir a abrir la puerta, ante la que Dick estaba insistiendo por su tardanza.

—Hola, Clare —saludó.

—Pasa, Dick.

Se miraron en silencio durante breves instantes.

—Bien —adujo el agente—. ¿Qué tienes que decirme? Parecía ser algo muy importante.

Clare rehuyó la mirada de Dick para impedir que pudiera leer sus impresiones en sus ojos como en un libro abierto.

—Creo que ya no tiene tanta importancia como le di en un principio. Aunque tal vez esté equivocada. Una hora antes que nos encontrásemos en la playa, recibí una llamada de Archie.

La observó. Con redoblado interés.

—Supongo que no vas a decirme dónde se oculta ese ratero.

—No tengo ningún inconveniente en hacerlo. Archie está ya en Canadá.

Dick introdujo ambas manos en los bolsillos de su pantalón. Luego paseó por la estancia con el mentón hundido en el pecho. En actitud: meditabunda.

Se detuvo al fin frente a la joven.

Clare continuó rehuyendo su mirada.

Había tomado una decisión y ya nada ni nadie iba a hacerla volverse atrás. Pensaba revelar a Dick la existencia de la parte del botín que obraba en su poder. Entregarlo todo, para que fuese devuelto a sus legítimos dueños.

No acudiría a la cita concertada con Archie a medianoche. Enviaría de un modo u otro un mensaje para él, si antes no se comunicaba con ella.

Le diría la verdad. Él tenía bastante con la parte del dinero que se había reservado. Y tampoco iba a delatarlo. Lo dejaría escapar, para que se pusiera a salvo en el cercano Canadá.

Se había portado bien con ella al fin y al cabo durante los escasos meses que había durado su noviazgo. Lo había encontrado en un momento álgido para ella y le había ayudado a sobrepasar la crisis. Y la había amado con sinceridad.

Continuaba amándola. Porque de otro modo hubiese huido, desentendiéndose de ella.

Quizá la idea de ofrecerle un mundo maravilloso le había impulsado a llevar a cabo aquel robo. Y Clare, como buena fémica, era una sentimental.

—¿Vas a acudir a reunirse con ese hombre? —Disparó Dick de súbito.

Lo miró. Por largo rato.

—Creo que no lo haré, Dick.

El agente se acercó más a ella. Hasta que sus cuerpos entraron en contacto.

Apoyó sus manos en los brazos de la joven, atrayéndola más hacia sí.

Sintió la emoción de la situación. Una emoción que había experimentado en el pasado, cuando la tenía entre sus brazos y se lo decían todo en silencio.

—Te comprendo, Clare —susurró—. Creo que siempre te he comprendido aunque te fallase en el momento más trascendental. Pero esto me hace concebir una esperanza. Me gustaría poder enmendar mi error. Aunque comprendo también que es difícil.

Clare se desasíó de sus manos de pronto. Después de haber estado a punto de dejarse llevar de la misma emoción que sojuzgaba

a Dick.

Se volvió de espaldas a él y caminó hasta la ventana, atisbando distraídamente a través de ella.

—Lo siento, Dick —musitó al fin, volviéndose de cara al joven—. Lo nuestro terminó. No quiero que vuelva a repetirse.

—No se repetirá, Clare.

Ella hizo un gesto de impaciencia, de inconformidad evidente.

—No puedo estar ya segura de nada. ¿No te das cuenta? Fue humillante aquello. Como si me hubieses considerado un objeto que se puede comprar o vender. A un lado de la balanza, los millones de papá. Al otro, yo. Y la balanza se inclinó del otro lado.

Dick fue a protestar.

Le cortó en seco el repiqueteo del teléfono.

Miró a la joven, señalándolo.

Clare inquirió quién llamaba.

La voz del hombre que hablaba al otro extremo del hilo llegó excitada, con claridad para Dick, situado junto a la joven.

—Señorita Clare, soy Tamper. ¿Puede indicarme dónde localizar a ese agente federal? Dick Carradine creo que es su nombre.

—Pues... Dick está aquí.

El joven se apresuró a tomar el teléfono de la mano de Clare para inquirir:

—Le he oído, Tamper. ¿Para qué me busca?

Percibió su profundo suspiro de alivio al escuchar su voz varonil.

—Han sucedido cosas, federal —pronunció—. Respecto a ese hombre que usted vino a buscar aquí. A ese tal Archie Ben. Respecto a él y alguno de mis empleados.

Estaba atemorizado. Era fácil darse cuenta de ello a través del tono de su voz.

Sonaba entrecortada, ronca, nerviosa.

—Dick.

—Dígame, Tamper.

—Le espero en mi oficina del muelle. Venga pronto. Tengo miedo. Creo que estoy en peligro.

—De acuerdo, Tamper —respondió—. No se mueva de ahí. Iré en un momento.

Sintió una extraña conmoción al otro lado del hilo telefónico.

Una conmoción violenta.

Iba a inquirir lo que ocurría, cuando un grito de pánico desbordado hirió sus tímpanos. Luego se elevó la voz de Tamper, pronunciando:

—No lo haga. No dispare. Escuche.

Restalló un arma. Dos, tres disparos consecutivos.

A continuación, el ruido de un cuerpo al desplomarse.

Chascaron los dientes del agente federal.

—¡Tamper! —pronunció con fuerza—. Responda, Tamper. ¿Puede oírme?

Alguien empuñó el teléfono, que debía colgar de la mesa. Luego, el clic metálico que delataba el corte de la comunicación.

Dick no vaciló lo más mínimo. Dejó el aparato sobre su horquilla y se volvió a la joven, que lo observaba en silencio, rígido su bien formado cuerpo.

—¿Qué ocurre, Dick? —inquirió con un hilo de voz.

—Parece que han disparado contra Tamper. Debo ir allí. Quizá sea hora de atrapar aún al asesino. La distancia es corta.

Corrió afuera, seguido de Clare, que parecía impelida por una fuerza misteriosa, sobrecogida por un profundo presentimiento.

Rodaron a velocidad prohibida, alcanzando poco después el muelle.

Todo estaba allí tranquilo y en orden.

El «Albatros» no se hallaba amarrado en el muelle. Y la playa cercana estaba desierta a esas horas, en que el sol perdía ya su fuerza.

Era difícil que los disparos hubiesen sido oídos desde el exterior. Conque nadie había dado la alarma.

Entraron en el pabellón, recorriéndolo a buen paso, hasta la sencilla oficina.

Entraron en ella.

El cuerpo de Tamper estaba tendido en el suelo, con la pierna diestra encogida bajo su vientre y los brazos estirados hacia adelante, ocultando su rostro por entero.

Su costado derecho presentaba un gran manchón de sangre, que formaba charco bajo él.

Dick fue a inclinarse sobre aquel cuerpo inmóvil.

Apenas había iniciado su gesto y Clare se cubría el rostro con

ambas manos para ocultar el horror provocado en su ánimo por la presencia del ensangrentado cadáver, cuando sintieron un fuerte ruido en el pabellón.

Dick se irguió en toda su estatura. Luego apartó a la joven a un lado, que habíase alarmado ante el ruido, y empuñó la pistola.

Salió fuera de la oficina.

Caminó unos pasos con precaución, atisbando con cuidado todos los ámbitos, en particular aquellos lugares que podían servir de escondite a un hombre.

Clare fue tras él. Sin atreverse a quedarse a solas en la oficina. Sintiendo un temor ancestral de permanecer junto a aquel cuerpo acribillado por las balas.

El agente obligó a la joven a permanecer inmóvil, junto al esqueleto de una de aquellas barcas que ocupaban una parte importante del pabellón.

Clare obedeció.

Su mirada descubrió de súbito un busto humano, que se alzaba lentamente desde atrás de una pila de cajas de embalaje, a la derecha del agente, que no podía verlo en ese instante.

Lo reconoció.

Era Archie Ben. Su prometido. Archie, que se disponía a disparar contra el agente la pistola que empuñaba.

—¡No lo hagas, Archie! —gritó de forma incontenible—. ¡No dispaes contra Dick!

El federal se arrojó en plancha al suelo antes que restallase el primer disparo del arma automática.

Los balazos astillaron algunas cajas, perforaron las tablas de uno de los esqueletos de la embarcación.

Dick disparó a su vez, sin poder alcanzar a su adversario.

Rodó sobre sí mismo, hasta parapetarse de una manera segura tras unos sacos repletos de virutas.

No pudo localizar a su enemigo, y entonces inició un precavido avance hacia el lugar desde el que había disparado, tratando de sorprenderlo. Considerando que Archie iba a hacer lo mismo.

Masculló sordamente al percatarse que el otro se hallaba ya cerca de la salida del pabellón.

Le había tomado una buena delantera.

Fue a lanzarse tras él. Cuando ya Archie alcanzaba la puerta.

Se cruzaron nuevos disparos, viéndose obligado Dick a lanzarse otra vez al suelo para poder eludirlos.

Luego se incorporó y corrió, seguido de la joven, que se había apercebido de todo.

Antes que alcanzase la salida sintió el sonido inconfundible de un motor al ser puesto en marcha y arrancar a toda velocidad.

Divisó la trasera del vehículo, un coche deportivo, alejándose carretera adelante, distanciándose de Chicago.

Entró en su coche con premura y abrió para que Clare subiese junto a él.

Emprendieron la persecución.

Dick maldijo al darse cuenta de que el otro vehículo, provisto de un potente motor deportivo, se distanciaba cada vez más, aunque muy lentamente.

Dejaron atrás toda la parte habitada del lago.

Al doblar un pronunciado recodo vieron ante sí una prolongada recta. Y ni rastro del coche perseguido.

Frenó con brusquedad.

El coche de Archie no les había sacado tanta delantera como para haberse perdido en la distancia, a lo largo de aquella recta. Sencillamente, los había burlado al doblar alguna curva.

Retrocedió, rodando lentamente ahora, atisbando con atención a ambos lados de la cinta asfaltada.

Al fin vieron la trasera del coche deportivo, disimulado entre unos setos, junto a un chalet.

Se apeó y examinó el vehículo.

Archie los había burlado bien, apartándose en aquel punto, a un lado de la carretera.

El agente examinó el interior, abriendo la caja del salpicadero.

La documentación del coche estaba allí. Aunque no le revelaba nada nuevo. Salvo que aquel vehículo deportivo pertenecía al difunto William Tamper.

Volvieron al coche.

Clare no habló nada durante el camino de regreso al muelle. Respetó el profundo silencio de su compañero. Dándose cuenta de que todo aquello le afectaba.

Otra vez se encontraron junto a la entrada del cobertizo adquirido por la extraña compañía de buscadores de tesoros.

Pasaron al interior, que parecía ahora más sombrío que nunca, más siniestro. Quizá porque la muerte había hecho acto de presencia.

Clare caminó junto al agente, procurando no distanciarse de él, buscando su proximidad para encontrar un sedante para sus nervios, a punto de saltar tras las últimas emociones.

La joven procuró quedarse un poco atrás cuando Dick entró de nuevo en la oficina.

Se cubrió con el cuerpo del agente para no posar sus ojos sobre el cadáver ensangrentado, cuya visión le horrorizaba.

Sintió un leve sobresalto al percibir el gruñido sordo de su acompañante.

Miró entonces.

Clare se sobrecogió al cerciorarse de que el cadáver de Tamper había desaparecido, que ya no se encontraba en la oficina.

Se apretujó contra el agente.

Casi la horrorizaba más la visión de aquella gran mancha de sangre, coagulada ya, que la presencia del propio cadáver.

—¿Qué está ocurriendo aquí, Dick? —musitó—. Todo esto me parece algo horrible.

—Es cierto. A no ser que Tamper no estuviese muerto y alguien le haya ayudado a salir de aquí. Lo sabremos pronto.

Pero nadie pudo proporcionarle la menor noticia de Tamper. Nadie lo había visto salir ni le había ayudado.

IX

REGRESARON con cierta lentitud hasta la vivienda de Clare.

Dick aparcó el coche fuera de la carretera. Luego miró de soslayo a la joven antes de pronunciar:

—Creía que Archie estaba ya en Canadá. Lo creía así antes que tú misma lo confirmases. Sin embargo, tu prometido se hallaba aún aquí y acaba de cometer un crimen.

Clare volvió el rostro hacia él. Con una expresión llena de desconcierto.

Enseguida volvió a rehuir la penetrante mirada del agente federal, que parecía escudriñarle hasta lo más íntimo de su ser.

Dick le apoyó las yemas de los dedos en la barbilla y la obligó a que se mirase en sus ojos.

—¿Qué estás ocultándome, Clare? —arguyó.

La joven no respondió de inmediato.

Su mente se debatía en un caos. Y quería poner orden antes de nada. Porque ahora las cosas habían cambiado y nuevas dudas asaltaban su cerebro, repercutían en su corazón.

El brazo diestro de Dick se apoyó sobre los hombros de Clare, atrayéndola hacia sí, sin presionar demasiado. Más en señal de amistad que de algo más profundo.

—Sabes algo de Archie —prenunció el agente—. Algo que te resistes a decirme. ¿Lo amas tanto como para proteger a un criminal?

Clare se sacudió en un leve espasmo. Luego fijó su mirada en un punto indefinido de la carretera y respondió:

—Quizá no sea amor, Dick. Pero le guardo un gran agradecimiento. Se acercó a mí en un momento crítico de mi vida.

—Todas las personas tienen cosas buenas. He conocido

criminales empedernidos que han arriesgado sus vidas para salvar del fuego a unos niños. Es humanismo, Clare. Pero si se les criba, no queda casi nada. La mayor parte de sus vidas es suciedad.

Clare asintió con leve gesto de su cabeza.

—Ciertó, Dick —repuso—. Sin embargo, jamás llegué a imaginar que Archie fuese capaz de llevar a cabo ese robo. Siempre me pareció un hombre sencillo, amable, honrado. Y mucho menos hubiese creído de él que llegase a matar a un hombre y tratase de hacer lo mismo contigo.

La diestra de Dick acarició levemente el hombro de la joven.

—El delito es algo que se infiltra en las propias venas del hombre, casi sin que se dé cuenta. Es como una droga. Cuando se tienen principios, el primer paso es el peor y puede ser decisivo. Se sostiene una lucha sorda entre el egoísmo y la conciencia. Si triunfa el primero, se desliza por una pendiente cada vez más pronunciada, de la que es muy difícil volver atrás. Se empieza por un robo. Y se acaba matando para defender el botín.

Clare estalló en tenues sollozos.

El agente se percató de su estado de ánimo, de todo lo que estaba bullendo en la mente de aquella mujer.

En su interior estaba sosteniendo una sorda lucha entre dos pasiones, entre dos sentimientos. Una lucha de la que era muy difícil saber cuál de las dos tendencias saldría triunfadora al final.

Abrió la portezuela y la invitó a salir.

La acompañó hasta la puerta.

—Escucha bien esto, Clare —dijo—. Trata de tranquilizar tus nervios, de serenar tu ánimo. Entonces te sentirás mucho mejor. Una vez que hayas conseguido eso, búscame. Pero debes meditar a fondo en el asunto. Sopesar con frialdad todos los pros y los contras de la actitud que decidas tornar.

Ella asintió.

Cuando abrió la puerta, Dick la retuvo por un brazo.

Se miraron con intensidad.

—Cuando empieces a recordar lo pasado entre nosotros dos, apártalo de tu mente. Piensa que los pecadores arrepentidos son los mejores, por los que doblan las campanas del cielo. Y que yo soy uno de éstos. Si aun así te resulta difícil, mírame como a un agente federal simplemente. Te ayudará mucho en tu decisión. Y gracias

por haberme avisado en el almacén. Me has salvado la vida.

Los labios de Clare se entreabrieron en una leve sonrisa. Luego se adentró en la casa, cerrando con suavidad a su espalda.

Dick regresó al muelle.

Tom Bitcher estaba allí, observando con atención las tranquilas aguas del lago, oteando el horizonte.

Acudió al encuentro del agente al verlo apearse del coche.

—Le estaba esperando, Dick —dijo—. Lo he estado buscando.

—¿Alguna novedad importante, Tom?

—Sí. He agenciado una canoa automóvil y un par de equipos de inmersión. Esta misma noche podemos ir al fondo del Michigan.

—Buen trabajo, Tom —respondió, palmeándole el brazo—. Iremos esta misma noche.

—No podrán vernos, Dick. He dejado la canoa en Punta Rock. Conque no nos verán partir.

Dick llevó al negro hasta el coche y lo invitó a que tomase asiento junto al baquet, que ocupó él a continuación.

—Escuche, Tom —dijo—. Quiero hacerle una pregunta. Usted conoce toda esta parte de la ciudad como la palma de su mano.

—Así es, Dick.

—Bien. Suponga por un momento que tiene un mal pensamiento y decide liquidar al viejo Blander, el paralítico atado a un sillón de ruedas. ¿Dónde ocultaría su cadáver, sin alejarse mucho de la casa para que no pudiesen descubrirle?

Tom Bitcher lo miró de soslayo antes de aducir:

—¿Habla en serio, Dick?

—Completamente en serio.

—Bien —arguyó el negro—. Conozco un sitio.

—De acuerdo. Vamos allá.

Siguiendo las indicaciones del negro, Dick condujo carretera adelante, hasta llegar a la vivienda del paralítico.

Se apearon allí, y Tom invitó al agente a que lo siguiese.

Se adentraron por el callejón entre dos chalets, dejando atrás también la casa de Blander.

Subieron a la cumbre de la ondulación del terreno, bajando al otro lado, casi por el mismo sitio en que había encontrado el cadáver de Ben.

Luego lo llevó un centenar de yardas más allá, hasta un lugar

donde había un enorme montón de chatarra, compuesta de trozos de carrocerías de automóviles, bidones, llantas y cámaras de coche.

Lo señaló al agente.

—Éste es un buen sitio —dijo—. Basta retirar unas cuantas cosas sin demasiado trabajo, porque pesan poco, para ocultar un cuerpo sin dificultad alguna. Y pasa mucho tiempo antes que nadie venga a llevarse esta chatarra.

—Pues manos a la obra —propuso Dick—. Vamos a retirar unas cuantas cosas.

Se agrandaron los ojos del negro.

—¿De veras espera encontrar el cadáver del viejo Blander?

—Es posible que no demos con él. Pero si no está aquí, deben haberlo llevado a otro sitio.

Empezaron a arrojar hacia atrás las piezas más cercanas a ellos, formando otro informe montón a sus espaldas.

De pronto, al retirar un bidón, Tom Bitcher permaneció rígido, como si de súbito hubiese quedado convertido en estatua de piedra.

Miró a Dick de soslayo, con expresión ligeramente atemorizada, desorbitados sus vivaces ojos.

—Mire esto, Dick —musitó—. Parece que usted es mago adivino.

El agente observó lo que le señalaba su compañero.

Bajo la chatarra, en el hueco dejado al retirar el bidón, habían aparecido dos piernas, que parecían descoyuntadas por su inverosímil postura. El resto del cuerpo permanecía oculto bajo una pila de llantas de goma.

Las retiraron con apresuramiento, dejando al descubierto por entero el cuerpo sin vida del viejo Blander.

Lo sacaron afuera.

Varios disparos a quemarropa habían terminado con su vida. Lo habían hecho apoyándole el cañón del arma contra el pecho y apretando el gatillo por tres veces consecutivas.

Sus ropas estaban sucias de sangre. Pero en su raída camisa eran visibles las huellas dejadas por la pólvora quemada.

El último gesto del viejo paralítico había sido de profundo horror ante la proximidad de la muerte por violencia. Y aquel gesto había quedado estereotipado en sus facciones arrugadas, angulosas. Rostro desencajado y los ojos muy abiertos, como queriendo saltar de sus órbitas.

—Blander sabía sacarle partido a la vida a pesar de su desgracia —susurró Tom Bitcher—. Era como el viejo Gribble para eso. No les ocurría un mal al que no sacasen algo provechoso.

Dick no adujo nada.

Fijó su atención de pronto en las agrandadas pupilas del muerto.

Se inclinó lentamente hacia él, arrodillándose a su lado. Mirando con fijeza aquellas pupilas desorbitadas.

Los ojos del viejo Blander eran azules. De un azul intenso. Mientras que los del hombre que había hablado con él en la casa tras descubrir el cadáver del submarinista Ben eran de un acusado color castaño.

Eso quería decir que había estado conversando con el asesino de ambos. Con el hombre que había acabado con Ben y con el viejo Blander, usurpando la personalidad de este último con una perfecta caracterización.

Era fácil imaginar por qué había obrado así.

Lo había estado esperando a él, con el propósito de matarlo también. Pero su vigilancia había hecho abortar esta siniestra idea en la mente del asesino.

Quizá también le había fallado la decisión a última hora. Y se había apresurado a marcharse antes de la llegada de los policías y las autoridades judiciales. Aunque tampoco hubiesen podido descubrir la superchería de permanecer allí.

—Avisaré al inspector para que se haga cargo de todos los trámites legales en este asunto —comentó—. Mientras, vamos a salir de inmediato para el lugar donde la compañía buscadora de tesoros sumergidos efectúa sus últimas inspecciones submarinas.

—El «Albatros» no ha regresado aún al muelle —adujo Tom—. Es posible que tropecemos con ellos. Aunque anochecerá antes de una hora.

—Mejor, Tom. Creo que es conveniente una conversación con esos tipos que tripulan el yate.

Se puso en contacto con el inspector.

A continuación partieron para Punta Rock, a veinte millas de aquel punto de la carretera.

La canoa que Tom había conseguido obtener prestada estaba allí, amarrada a un reducido embarcadero de madera, que era utilizado en ocasiones por los miembros de un club náutico.

Descendieron a ella.

Tenía un potente motor y doble resistencia que la vieja barquichuela con motor fuera de borda que habían empleado en la anterior ocasión.

Dick examinó los equipos.

Todo estaba en orden. Incluidas las potentes linternas que les permitirían vencer la oscuridad de la profundidad.

Tom Bitcher puso el motor en marcha. Luego soltó la amarra y navegaron sin demasiada prisa hacia el centro del lago, describiendo un amplio semicírculo.

El sol se acercó a la lejana cadena de montañas que lo ocultarían antes de una hora, dejando caer el manto oscuro de la noche.

El negro no se alejó excesivamente de la costa. Y al fin cortó el encendido del motor y giró el volante, hasta detener por completo la marcha.

La canoa empezó a mecerse suavemente.

—Aquí es, más o menos —expuso.

Se prepararon en silencio. Dominados ambos por una extraña incertidumbre.

Dick sentía una vaga sensación. Algo como lo que deben sentir los astronautas cuando ven alejarse la tierra bajo ellos y empiezan a navegar por el espacio, con la inmensidad del universo sin fin ante ellos.

Se arrojaron al agua, empuñando sus linternas submarinas.

Descendieron hasta el fondo, no muy profundo allí. Luego fueron describiendo amplios círculos, tratando de descubrir algo que se saliese de lo normal. Seguros de encontrarlo al fin.

Se fueron distanciando uno del otro con el fin de abarcar una mayor extensión, delimitándose las zonas a explorar.

Dick vio de pronto el foco de su compañero, que efectuaba unas señales para llamar su atención.

Nadó hasta llegar a su lado.

Tom le señaló algo que se hallaba en el fondo, a menos de diez yardas de distancia.

La silueta de un barco de mediano calado. Un barco pintado de blanco y rojo, que se mantenía en perfecto estado de conservación. Evidenciando que su hundimiento era reciente. Muy reciente.

Se acercaron a él.

La embarcación estaba inclinada sobre babor, descansando en unas elevaciones del fondo submarino del lago.

Se apoyaron en él.

Dick y el negro se miraron en silencio al reconocer aquel yate acostado en el fondo del lago Michigan.

Era el «Albatros». El yate empleado por la compañía buscadora de tesoros para efectuar sus exploraciones acuáticas.

Podían ver perfectamente las letras pintadas en la parte superior del costado, muy cerca de la proa.

La quilla del yate tenía un enorme boquete, por donde el agua lo había inundado, arrastrándolo al fondo.

Se acercaron a la puertecilla de entrada a los camarotes.

Estaba desgajada. Una de las hojas permanecía aún en su sitio, astillada. Pero la otra había desaparecido, arrancada con violencia de sus goznes, a juzgar por el aspecto del marco.

Se asomaron, alumbrando el interior.

Los potentes haces de luz de las linternas alumbraron un macabro espectáculo.

Tirados en el fondo estaban los cadáveres de Allyson y de los otros tres tripulantes que lo habían acompañado ese día. Los cuatro horriblemente destrozados, como así también una parte de la cámara. Al parecer habían sido sorprendidos por una violenta explosión cuando se disponían a comer. Todos los detalles parecían indicarlo así.

Sin duda, una bomba de relojería. Como la que había destrozado el casco, provocando el hundimiento del yate.

Hizo una señal a su compañero y dejaron atrás aquella especie de tumba acuática.

Dick se dispuso a ascender a la superficie y nadar hasta la canoa. Tomarse un leve respiro antes de proseguir la exploración.

Porque tenía la certeza de que el lago ocultaba otras cosas tan macabras, tan siniestras como la que acababan de descubrir.

Tom lo tomó por un brazo y le señaló más hacia adelante.

La luz de la linterna revelaba allí una gran masa oscura, amorfa.

Se acercaron a ella, para descubrir que se trataba de un barco de cabotaje. Pero éste debía llevar mucho tiempo hundido, sin duda durante alguna de aquellas violentas tempestades que agitaban las aguas del Michigan, y que resultaban tan terribles como las del

propio océano.

Las algas cubrían su casco casi por entero, impidiendo ver su título.

Lo examinaron.

Dick se acercó a la cabina de mando, abierta por uno de sus lados. Seguido de Tom Bitcher. Luego alumbraron el interior de la misma, sumido en densa oscuridad.

X

OTRA vez se miraron en silencio, mientras los ojos del negro parecían querer saltar de sus órbitas.

Todo aquello estaba resultando demasiado fuerte para él. Alguna vez había contribuido a la tétrica tarea de extraer de las aguas el cadáver de algún bañista ahogado.

Pero eso que estaban viendo era ya demasiado. También la muerte estaba en la cabina de mando de aquel carguero hundido Dios sabía cuándo. Tres esqueletos descarnados, mostrando el horror de sus vacías cuencas. Y dos cadáveres, que apenas habían iniciado el período den putrefacción.

Eso permitió a Dick penetrar en la cabina, poniendo sumo cuidado en no rozar los esqueletos amontonados en el fondo y examinar los dos cuerpos.

Su mano se crispó en torno a la linterna que empuñaba al reconocerlos a ambos.

Uno de ellos era Archie Ben. Inconfundible a través de las fotografías que había podido ver con profusión del delincuente a raíz de su robo. Y también a través de su propia imagen reciente, en el almacén de la «Tamper & Allyson».

El otro era el agente federal Trayler, el hombre que había seguido hasta allí las huellas del delincuente. Para ocupar al fin como una misma tumba.

El cadáver de Archie Ben estaba en estado más avanzado de putrefacción que el del agente federal. Lo que evidenciaba que su muerte era anterior.

Dick hizo una señal con la cabeza a su compañero y juntos nadaron hacia la superficie.

Ahora comprendía por qué el viejo Gribble había dicho que, mejor que Michigan, le cuadraba el título de lago de la Muerte.

Gribble sabía lo que ocurría con sus huéspedes. Debía haber cooperado con los criminales en más de una ocasión. O quizá lo había descubierto casualmente.

Como fuese, el viejo había sentido remordimientos de conciencia, tratando entonces de delatar a los criminales. Pero debía estar vigilado por ellos, y eso le había costado la vida.

Lo mismo que a Ben.

El submarinista debía arrastrar un mal momento, y eso le llevó a aceptar el contrato con la «Tamper & Allyson».

Pero debía tener unos principios, también, de honradez.

La cita que Dick había recibido de Tamper era una trampa. Para él. Y en cierto modo también para Clare Nolan.

Ahora lo veía todo claro. El criminal quería cerrar su saldo aniquilando a todos aquellos que podían poner en peligro su seguridad. A sus propios compañeros y al agente federal, para abrirse un camino que le permitiese una rápida huida.

Nunca había buscado tesoros en el lago, sino en tierra firme. Despertando la ambición de otros, poniéndose en contacto con los que habían delinquido, bajo la falsa promesa de dejarlos a salvo con su botín a cambio de un corretaje.

Pero lo que hacían era liquidarlos y quedarse con todo el botín. Luego ocultaban sus cuerpos en aquel viejo barco hundido y obtenían una enorme ganancia con poca exposición. Así, aquellos desdichados iban al encuentro de la muerte.

Aquellos hombres debían haber averiguado que Clare era la prometida de Archie. Lo más seguro, ahora lo comprendía, era que Archie no se hubiese presentado ante ellos con todo el dinero robado. El resto debía hallarse en el maletín que Clare retiró de la compañía de transporte acuático.

Temían que él se enterase o que la propia Clare lo confesara al fin. De ahí la cita en la oficina de Tamper, para aniquilarlo y obligar a Clare a entregar ese dinero.

Y por si algo fallaba, el criminal se había buscado una coartada, un disimulo fantástico. Porque mientras la Policía se lanzaba tras la pista de Archie, él podía escapar con toda tranquilidad. Nunca lo

buscarían entre los vivos, creyendo en su muerte, que había sido ficticia.

Pero todo aquello no iba a servirle de nada.

Retornaron a la lancha.

Dick parecía ahora presa de una prisa febril.

Quitóse el traje de inmersión con rapidez, diciendo:

—Deprisa, Tom. Tenemos que llegar rápidamente a la casa de Clare Notan. Procure llegar a un punto lo más cercano posible. Me temo que Clare esté corriendo un serio peligro.

Tom Bitcher asintió con un gesto, sobrecogido aún por lo que acababan de ver.

Y mientras Dick y su aliado descubrían la razón por la que el viejo Gribble había dicho del Michigan que debía llamarse el lago de la Muerte, Clare Nolan, en su casa, tras una larga meditación, tomaba una decisión irrevocable.

La joven se dispuso buscar a Dick y explicarle toda la verdad. Lo del dinero que retenía en su poder y también la cita concertada a medianoche con Archie Ben.

Había estado dispuesta a dejar escapar a Archie. Pero no podía continuar encubriendo a un asesino.

Aunque con eso quizá estaba arrojando por la borda su propia felicidad. Una felicidad muy difícil de alcanzar ya al lado de Archie, que había dejado de ser el muchacho sencillo, amable y honrado que había creído reconocer en él.

Sacó todo el dinero de la chimenea donde lo había metido y volvió a guardarlo en el maletín que Archie le había enviado para que guardase, junto con una nota dándole las instrucciones pertinentes.

Después llamó al motel.

Tardaron largo rato en poder comunicarle que Dick Carradine no se hallaba allí y que ignoraban por completo su paradero.

Entonces decidió ir en su busca. Presentarse en su habitación del motel y esperar allí su regreso.

Era lo mejor.

Dejó el maletín sobre la mesa y se dispuso a llamar para que le enviasen un coche de alquiler.

Apenas había apoyado su diestra en el aparato, cuando golpearon con suavidad en la puerta.

Debía ser Dick. Dick, que volvía a su encuentro para obtener una respuesta clara, terminante a sus anteriores preguntas.

Abrió la puerta.

La hoja fue empujada con cierta brusquedad desde afuera. Y Clare sintió una súbita sensación de temor al ver que era Archie Ben quién se colaba en el «*hall*», apresurándose a cerrar a sus espaldas.

—Archie —pronunció—. ¿A qué has venido aquí?

El otro hizo un gesto ambiguo con la diestra antes de responder:

—He preferido presentarme en persona ahora, Clare. Me devoraba la impaciencia. Es una buena oportunidad para nosotros. El agente federal y ese negro del diablo llamado Tom Bitcher han salido en una canoa hacia el centro del lago. Tengo una canoa varada ahí cerca. Llegaremos al Canadá antes que se aperciban de nuestra fuga.

Clare retrocedió unos pasos. Observando con atención a su prometido, encontrando en él algo extraño.

Le parecía hallarse ante un desconocido, ante un hombre completamente nuevo para ella. Sólo su aspecto físico era idéntico. Pero el resto, diametralmente diferente al Archie Ben que ella había aceptado.

—He tomado una decisión, Archie. Una decisión inquebrantable —respondió con voz segura—. No iré contigo. Me quedo aquí, en Chicago. Y quiero entregar este dinero. Voy a ser sincera. Había decidido denunciar a la Policía el lugar y la hora de tu cita esta noche. El asesinato de ese hombre, de Tamper...

Brillaron de un modo raro las pupilas del hombre. Un brillo como de locura homicida. Un brillo amenazador.

Clare sintió como un escalofrío recorrerle su cuerpo de pies a cabeza.

Archie metió la mano en el bolsillo diestro de su americana y la sacó empuñando una pistola.

Retiró el seguro, apuntando la negra boca del cañón rectamente hacia la joven.

—Imaginaba que iba a suceder algo parecido —masculló en tono ominoso—. Menos mal que he podido llegar a tiempo de evitarte esa traición. Y ahora vas a venir conmigo. No creo que nadie nos observe en la oscuridad de la noche. Pero será mejor que te muestres serena, tranquila. Un gesto de alarma, y apretaré el gatillo.

No voy a detenerme ante nada, ¿comprendes?

Clare se dio cuenta de que estaba dispuesto a llevar adelante su amenaza. De que no había el menor rescoldo de que aquello que los había unido unas semanas atrás en aquel nuevo hombre que ahora tenía ante sí.

Sintió miedo. El miedo que se siente ante la proximidad de una muerte brutal, violenta, inesperada.

Archie empuñó la maleta que contenía el dinero. Luego metió la pistola en su bolsillo diestro, manteniéndola empuñada dentro del mismo.

Después de salir y cerrar la puerta, masculló sordamente:

—Recuerda lo que te he dicho, Clare. Una voz o un gesto sospechoso, y disparo.

Caminaron, atravesando en diagonal la carretera, para cruzar la franja de terreno ondulado que conducía a la orilla del Michigan.

Archie había amarrado la canoa, pequeña pero muy marinera, a una roca.

Pasaron a bordo y el hombre soltó la amarra y puso el motor en marcha.

Se frunció su entrecejo al divisar no muy lejano ya el foco de otra canoa automóvil, que se dirigía rectamente a la orilla.

—Acaso sean el federal y ese negro del diablo —masculló—. Me he demorado mucho siguiéndolos hasta su canoa y atisbando por si regresaban pronto.

Clare sintió un ramalazo de esperanza al oír las últimas palabras de Archie. Esperanza de que Dick llegase a tiempo de librarla de las garras de aquel hombre.

Se dijo que era rara aquella rapidez con que se olvidan ciertos sentimientos y nacen otros.

Dick y Tom Bitcher se percataron también de la canoa que emprendía la marcha justamente desde el punto de la orilla adonde el negro dirigía la que gobernaba.

Llamó poderosamente la atención de los dos hombres ese hecho.

Tom ofreció al federal unos potentes gemelos.

—Son ellos —exclamo—. Clare y el asesino. Adelante, Tom. Tenemos que atajarlos, impedirles la huida. No creo que Clare vaya con él por su propia voluntad. Aunque no se haya apercebido aún de su auténtica personalidad.

—A la orden, capitán —respondió el negro, acelerando al máximo.

Se acercaron peligrosamente al fugitivo.

El hombre dejó escapar sordas maldiciones y trató de distanciarse, sin conseguirlo. Al contrario, perdiendo ventaja paulatinamente. Porque la canoa gobernada por Tom era mucho más potente.

Entonces empezó a disparar contra sus perseguidores, que no respondieron al fuego de su adversario.

Dick no quiso correr el riesgo de que una de sus balas pudiera herir a Clare Nolan.

Las balas repiquetearon al estrellarse contra la embarcación automóvil.

Renegó Tom Bitcher.

—Nos ha agujereado el depósito del combustible —dijo—. Si no lo alcanzamos pronto, antes que se vacíe, podemos despedirnos de él.

Se volcó sobre los mandos, como si quisiera comunicarles toda la fuerza que él sentíase capaz de desarrollar en ese instante.

Consiguió emparejar ambas embarcaciones.

La mente del criminal concibió un rápido plan de acción al darse cuenta que el policía federal se disponía a saltar de una embarcación a otra en plena marcha.

Se volvió para afinar la puntería con las dos últimas balas de que disponía en el cargador. Y si fallaba, viraría en sentido contrario para distanciarse y poder burlarlos.

Se había percatado de la avería sufrida como consecuencia de sus balazos en el depósito de la canoa perseguidora.

Tom Bitcher columbró su intención.

Hizo un brusco viraje en doble sentido, haciendo que los costados de la canoa se rozasen con cierta brusquedad y volvieran a apartarse casi de inmediato.

El golpe desvió la puntería del criminal, justo en el instante en que Dick se lanzaba como catapultado.

Faltó poco para que cayese al agua. Pero consiguió poner sus pies en la cubierta de la canoa y restablecer su equilibrio con rapidez.

Se abalanzó contra el otro, que se volvía para efectuar su último

disparo.

—Cuida de parar la canoa —gritó a Clare, sin ceder por ello en su acción.

Cayó sobre el otro, golpeándole el brazo y haciéndole soltar el arma casi al mismo tiempo que disparaba.

La bala se elevó hacia el infinito del cielo y el arma cayó al agua.

El fugitivo forcejeó con bastante torpeza, mostrando su falta de cualidades para una lucha a cuerpo limpio.

Dick le propinó un golpe en el cuello con el canto de la mano, haciéndole caer de rodillas, casi a la vez en que Clare, saliendo de su entorpecimiento nervioso, desconectaba el encendido del motor y Tom se aproximaba a ellos, produciendo ya el carburador dando secos sputs al fallarle el carburante.

Antes de que acabara de reponerse, el agente federal retorció hacia su espalda el brazo diestro de su adversario, que gimió como un animal herido.

Lo soltó, arrojándolo de espaldas al centro de la canoa.

Acto seguido se inclinó sobre él y de sendos tirones le arrancó los postizos y la careta de plástico casi impalpable que cubría su rostro, dejando al descubierto las facciones de William Tamper.

Clare dejó escapar una exclamación al verlo.

—¿Y Archie? —inquirió.

—En el fondo del lago Como varios otros. Los autores de los robos anteriores y también los compañeros de este loco.

Miró con dureza al asesino, inquiriendo:

—¿Por qué ha hecho todo esto, Tamper?

Fulguraron los ojos del criminal con un brillo de locura.

—Mi esposa murió a manos de un ladrón como ellos. Y decidí vengar su muerte acabando con cuántos tipos así pudiera. Éramos muy felices. Y no he podido ser nada sin ella. Su muerte fue un golpe terrible para mí.

Dick abatió, la cabeza por un instante.

Aquel hombre tenía perturbadas sus facultades mentales. La muerte violenta e inesperada de su esposa había alterado su cerebro. Pero su mansedumbre aparente le había permitido ser sacado de la clínica para enfermos mentales en la que había estado recluido. Y había salido convertido en un asesino en potencia.

—A unos los empujaba yo mismo, y otros se me ofrecieron para que los sacase del país con su botín —siguió diciendo.

—¿Y sus compañeros? Le ayudaron en sus crímenes.

—¿Ayudarme? Me hubiesen liquidado para largarse con todo de haber tenido ocasión para hacerlo. Eran iguales que los otros. O peores. Decidí borrarlos de la lista de los vivos al darme cuenta de que usted profundizaba mucho y tenía que levantar el vuelo.

Clavó en Dick sus enfebrecidas pupilas, mascullando:

—¿Cómo ha conseguido averiguar mi personalidad?

—Por el viejo Blander. Usted se caracterizó de una manera magnífica. Pero el viejo Blander tenía los ojos azules. Lo comprobé al descubrir su cadáver. Entonces comprendí que sólo un hombre de teatro como usted podía estar manejando este siniestro asunto del modo que lo hacía. ¿Quién le ayudó a simular su propia muerte? Porque para entonces sus compañeros yacían en el fondo del lago, muertos por la bomba que usted les colocó.

—Un desgraciado. Salió disparado cuando usted me persiguió, siguiendo mis instrucciones. Me ha hecho trabajar mucho para impedir que descubriese todas las cosas. Pero debo reconocer que ha sido listo.

—No demasiado, Tamper —manifestó el joven—. He debido darme cuenta antes de las cosas. Eso me hubiese permitido evitar algunas muertes. Pero estaba desconcertado.

Lo esposó.

Luego se acercó a Clare y la tomó por ambos brazos.

—También tengo algo importante que hablar contigo —dijo—. Algo que nos atañe muy de cerca a los dos. La Policía se encargará de retirar del lago esos cadáveres. Y de completar las averiguaciones en torno a esta larga cadena de crímenes cometidos por una mente desvariada. Para entonces, quiero obtener una respuesta categórica de ti. Ya sabes a qué me estoy refiriendo.

Clare movió la cabeza.

—Yo te quiero, Dick. Siempre te he querido. Aun cuando estaba dispuesta a aceptar a Archie por esposo, en el fondo de mi corazón persistía el recuerdo de nuestro amor.

En ese instante, Tom, que había amarrado la otra canoa a la de Tamper, arrancó con cierta brusquedad, con un gesto de malicia en sus facciones.

Dick y Clare, desprevenidos, cayeron al suelo estrechamente abrazados.

Luego permanecieron así, mirándose con intensidad tras de reír quedamente la broma de su aliado.

Miraron después a Tom al oírle silbar agudamente.

—¿Se ha dado cuenta, Dick? —exclamó—. En esta caja hay un montón enorme de dinero.

—Sí, Tom. Casi un millón de dólares. Pero no sientas la tentación de largarte con él. Sería la peor idea de tu vida. Y vamos a tutearnos. Es lo que hacen los buenos compañeros. Los tratamientos separan a los hombres, les restan confianza entre ellos.

—Tienes razón, compañero —rió el negro, feliz por el curso de los acontecimientos.

Dick volvió a mirar a la joven.

—Recuerda lo que te he dicho. Y prepara ya desde ahora la respuesta.

—Pero tu familia...

El agente la hizo callar. Luego estalló:

—¡Al diablo la familia!

Los labios de Clare esbozaron una amplia sonrisa.

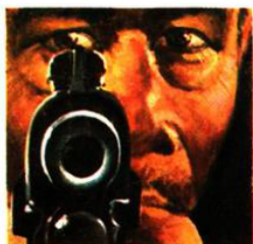
—Te creo, Dick. Ahora sí te creo. La forma en que has dicho al diablo la familia... Bueno. Te amo. Como siempre.

Dick la besó con fuerza, oprimiéndola contra sí. Haciendo caso omiso de las carcajadas de Tom Bitcher, que pronunció:

—Te lo dije, compañero. Un hombre como tú se arranca pronto las espigas. Tú acabas de hacerlo. Y yo lo celebro. Pero no te olvides de repartir la recompensa, si la hay. Una cosa es la amistad, y otra los dólares.

FIN

FBI
Selecciones



Concesionarios
exclusivos en América

EDITORIAL AMERICA, S.A.

2180 S.W. 12 Avenue
MIAMI, FLA. 33145- USA



EDITORIAL ROLLAN, S.A.
PINTO (Madrid)

10
Ptas.

